

JOSÉ B. ADOLPH

Los fines del mundo



Serie Ficciones NARRATIVA

Pontificia Universidad Católica del Perú - FONDO EDITORIAL 2003

Los fines del mundo

J O S É B. A D O L P H

Los fines del mundo



Pontificia Universidad Católica del Perú - FONDO EDITORIAL 2003

Los fines del mundo

Primera edición: junio de 2003

1000 ejemplares

Dirección editorial: Dante Antonioli D.

Responsable de la Serie Ficciones: Estrella Guerra C.

Diseño de cubierta: Fondo Editorial de la PUCP

© José B. Adolph, 2003

Derechos exclusivos en Perú

© 2003 de esta edición:

Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú

Plaza Francia, 1164

Lima 1 - Perú

Teléfonos: 330-7405, 330-7410, 330-7411

E-mail: <feditor@pucp.edu.pe>

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-572-X

Hecho el Depósito Legal: 1501052003-2804

Impreso en Perú - Printed in Peru

*Una vez más:
para Delia, incansablemente,
inevitablemente.*

*La vida es una comedia para los que piensan
Y una tragedia para los que sienten*

HUGH WALPOLE

MI CLON

La idea era la siguiente: iba a enfrentarme conmigo mismo.

Habían pasado los dieciocho años de prohibición estipulados en el contrato, un contrato que no sé por qué he cumplido meticulosamente, cuando en la realidad carece de toda fuerza legal. Sabemos que toda la operación fue clandestina, pero sospecho que los abogados del laboratorio de Sigmund Klein algo tienen que haber urdido para que pueda *existir* tal contrato y, más aún, para que pueda ser de ejecución obligatoria. Y aún si así no fuera: había otros métodos, como se verá.

Veinte años antes, cuando a los diecinueve me diagnosticaron el inusualmente precoz cáncer, me contactó uno de esos abogados con una propuesta que, para ese entonces, ya no parecía tan alucinante.

—¿Qué puede perder? —me preguntó.

Efectivamente: ¿qué podía perder?

Yo siempre había tomado con cierta sorna *todas* las utopías de supervivencia indefinida, desde los paraísos religiosos hasta la involuntariamente cómica congelación de los cadáveres. No me extrañaba que Walt Disney yaciera por ahí como un helado eterno: era una idea como para el pato Donald o, mejor todavía, para Tribilín. Pero lo que por entonces se me congeló fue la risa: el pronóstico para mi cáncer era terrible. Y entonces aparece este caballero con terno azul oscuro a delgadas rayas grises y chaleco lila y me propone donar unas células (de las sanas, naturalmente) para ser clonadas.

—¿Mi doble no nacerá con cáncer? —le pregunté.

—Esa es una de las cosas que queremos averiguar.

Lo miré a los ojos, cosa que en mi experiencia personal la mayoría de abogados, aún los honestos, trata de evitar.

—¿Me quiere usted decir que están dispuestos a fabricar un ser humano que podría ser defectuoso y estar condenado a muerte?

—Ah, mi señor, ¿no lo estamos todos?

Renuncié a las respuestas obvias: el cinismo es autosuficiente y autosostenido.

—Pero —continuó el doctor en leyes— fíjese en las posibilidades. ¿El cáncer es o no es hereditario? ¿No es fascinante intentar aclarar eso? Se supone que no, y sin embargo parece haber una cierta predisposición, ¿verdad?

—No soy médico y menos oncólogo.

—Pues sí. Pero a lo que en realidad me refiero es a las posibilidades si este nuevo ser humano, su «postgemelo» para darle un nombre, resulta, como creemos que sucederá, sano. Naturalmente a usted le deseamos lo mejor, pero el pronóstico es, permítame recordárselo, de un 90 por ciento o más en contra.

—¿Cómo lo averiguaron?

—Tenemos amigos en todas partes.

Se rió.

—Buen dinero nos cuestan....

—Bueno, okey —dije. —¿Y cómo van, o vamos, a evadir el largo brazo de la ley?

—Eso déjelo de nuestra cuenta. Hay muchas islas en los océanos. Islas que a nadie interesan realmente. No le digo más para su propia protección.

—¿Y si sobrevivo?

—Ojalá. En ese caso, lo único que le vamos a pedir a cambio de su suculenta indemnización es que no intente contactarse ni con nosotros ni con su clon. *Por ninguna razón y por ningún motivo*, como se especificará en el contrato.

No necesitaba preguntar por qué. Era obvio que semejante operación ilegal debía borrar huellas. Tampoco me interesó saber cómo iban a castigarme si rompía el contrato. He leído bastantes novelas y visto suficientes películas de gángsters. Estos médicos, su laboratorio y sus inversionistas eran gángsters de chaleco lila. Aunque algunos de ellos no lo verían así sino como un valiente intento de defender la libertad científica. Un poco como la gente del proyecto Manhattan, el de la primera bomba atómica. Pero una inversión privada que, en momentos de ocio, calculé conservadoramente en varias decenas de millones de dólares se defiende con uñas, dientes y lo que haga falta.

A mí y probablemente a otros como yo nos iban a pagar, de la cuenta de costos iniciales o quizás se llamaba de promoción, qué sé yo. Pero después empezarían a cobrar, una vez que los conejillos de Indias hubieran demostrado la eficacia del procedimiento. Todo muy normal para cualquier laboratorio farmacéutico. A algunos, supongo que a la mayoría, les interesaban las ganancias (sobrarían millonarios y dictadores ansiosos de sobrevivir), pero probablemente a más de un científico le fascinaba el proyecto en sí. Total, estaban acostumbrados a la combinación ciencia-lucro.

Bueno, resumiendo una larga historia, viajé a la anónima isla en el Pacífico sur en un jet privado, me instalaron con todas las comodidades salvo acceso a teléfonos, radio o internet y me practicaron la minúscula e indolora «operación» de extracción de unas células. Luego me devolvieron a mi casa, donde se suponía que me esperaba la muerte, me palmearon el hombro y me desearon buena suerte. Ya antes de ese viaje yo había solicitado dejar el hospital. Mi caso era tan desesperado y los dolores, por suerte, tan controlables caseramente, que estuvieron de acuerdo. Evidentemente mi cáncer era considerado terminal y permanecer en el hospital resultaba hasta cruel o al menos inútil. De los progresos de mi postgemelo o de un eventual fracaso nada sabía.

Bueno, el resto de mi historia es evidente. Los muertos no escriben. Los oncólogos y hasta la opinión pública no se sorprenden demasiado de este tipo de «milagros», con o sin gruta de Lourdes. Lo llaman «remisión espontánea». Según mi médico personal, nadie tiene la menor idea. Por ahora, Dios es una explicación tan válida como cualquier otra. Claro, los escépticos y no sólo los escépticos, nos preguntamos inevitablemente «¿por qué yo?».

Sea como fuere, cuando pasaron los dieciocho años estipulados me entró una suerte de inquietud. ¿La llamaré «paternal» o «fraternal»? ¿O debería ponerle otro nombre, quizás más metafísico, psicoanalítico o esotérico? Me pregunté: ¿cuál es mi relación con este joven, mi clon, mi segundo yo, si es que vive? ¿Cómo es? ¿Buena persona, criminal? ¿Comparte mis gustos, mis ideas, mis opiniones?

Se dice que... En fin, se dicen tantas cosas. Sería muy largo enumerarlas y más aún discutir las.

A lo que voy es a que comencé a indagar.

¿Vivía? ¿Resultó el experimento? Si era así, ¿dónde estaba?

Curiosamente, jugar al detective fue menos difícil de lo que presumía. Ubiqué al chaleco lila (ya canoso, pero aún al servicio de los laboratorios Klein que, por supuesto, también fabricaban otras cosas además de clones encubiertos) a través de la institución gremial de los abogados. Su firma aparecía en mi contrato, lo que no dejaba de ser audaz o muy seguro de su impunidad. En un café, después de felicitarme calurosamente por estar vivo —como si no estuviera perfectamente enterado— me sometió a un cortés interrogatorio.

Resumiéndolo: ¿qué pretendía yo?

—Llámelo curiosidad—, le respondí, también en resumen. — Los médicos no tienen la exclusiva del interés científico.

—Sin duda, pero en usted hay algo más que interés científico. Muy natural, por supuesto. Sería más bien extraño si no fuera así. Pero...

—¿Pero?

—Fíjese, mi amigo. Nosotros, y no se ría por favor, tenemos un alto sentido de la ética. Usted dirá lo que quiera, pero lo que hemos venido haciendo beneficia a todos y no hace daño a absolutamente nadie. Está bien, algunos se están haciendo ricos, pero exactamente igual que los colegas y accionistas de Merck, Bayer o Schering, para citar sólo a tres entre mil. La única diferencia entre ellos y nosotros es que retorremos la ley con algo más de coraje. Pero no es como la investigación nuclear, muy respetable también, que sin embargo produjo bombas y no sólo energía barata o nuevos métodos científicos en muchos terrenos. ¿Qué bombas hemos producido nosotros?

—Los riesgos....

—Ah, los riesgos. Sí. Seres deformes, inviables, condenados al sufrimiento y a la muerte. ¿Le suena conocido? Claro que le suena conocido porque son los mismos riesgos que corre la «naturaleza». ¿O no? No tuvimos que aparecer nosotros para que existan, por ejemplo, procesos degenerativos, fetos problemáticos o accidentes.

Ah, era un buen abogado este chaleco lila.

—Y aquí, entre nosotros, le diré que hubo fracasos. Pero muchos más éxitos, entre ellos el de su clon, que es un joven que acaba de

ingresar a una universidad con excelentes notas. Le interesa, ¿no es divertido?, la biología.

—¿No sabe?

—No.

—¿Y quién cree que es?

—El hijo único de un notable hombre de ciencia casado con una no menos notable escritora. Ella es estéril, cosa que el joven no sabe, y se entusiasmó por adoptar a este lindo bebé. Porque realmente era lindo, además.

Aquí se permitió una sonrisa. Sólo faltó que añadiera «como usted», pero la reciente onda antigay lo impidió.

—¿Sabe?— dijo. —No queremos que nuestro amiguito tenga problemas. Por eso sabrá usted comprender nuestras dudas. Lo monitoreamos. Es un chico feliz, sin otros problemas que los típicos de su edad, generación y grupo social. Nos gustaría que nada de esto perturbe su vida. ¿Entiende?

Sí, lo entendía. Inclusive estaba de acuerdo. En cierta forma, era una variante nueva del viejo problema de los adoptados: ¿se lo decimos o no?

Siempre opiné que lo mejor era decírselo. Hasta recordaba una anécdota. La frase perfecta de un padre adoptivo en ese trance: «los hijos naturales uno tiene que aceptarlos como vengan: a ti *te escogimos*». Perfecto.

Mi interlocutor sacó una foto.

Realmente era un joven atractivo, de sonrisa simpática y ojos luminosos. No me acusen de vanidad, pero era exactamente mi gemelo. Un gemelo bastante más joven, claro.

—Comprenderá que nos inquiete que se enfrenten. Como además es inteligente y está muy enterado del estado actual de la ciencia, se hará preguntas.

—¿Y? Se le darán respuestas. No veo el problema.

—Quizás no y quizás sí.

Me miró en silencio hasta que solté la pregunta que el chaleco lila esperaba.

—¿Temen un chantaje?

—Mil perdones. No es nada personal, pero sí. La tentación del dinero fácil.

—Entiendo.

—¿De veras?

—Claro que sí. Pero, por otra parte, ¿qué me impide chantajearlos ahora mismo, sin necesidad de verlo?

—Usted sería considerado cómplice. Él no.

—Se lo aclararé cuando lo vea.

El abogado suspiró audiblemente.

—Sé que no podemos impedirlo. A estas alturas no sé si *queremos*. Comprendemos su ansiedad que, además, para hablar francamente como siempre lo hago, si fuese frustrada podría llevarle a acciones irreflexivas. Y en cierta forma usted es una especie de garantía para nosotros... Siempre y cuando su chico sea tan decente como usted.

«Su chico».

No pude evitar una carcajada.

—Es mi clon, ¿no?

Durante toda esta conversación mis pensamientos se desbocaban. ¿Qué era mi clon para mí? ¿Mi segunda oportunidad? ¿Una obra de bien en la que podría trabajar eliminando defectos y estimulando virtudes? Pero esa es la típica ilusión de los padres. ¿Una venganza, por ejemplo contra mi cáncer pero también contra mis errores, mis oportunidades malgastadas, las estupideces de mi biografía? ¿Una cruzada de mi orgullo?

El chaleco lila con canas y atractivas arrugas me observaba atentamente. Juraría que me leía el pensamiento.

—¿Es homosexual?

—Que sepamos, no. Ha tenido y tiene noviecitas, aunque usted y yo sabemos —agregó guiñándome el ojo— que eso no significa mucho.

No le devolví el guiño. Soy de los que no terminan de salir del closet.

—¿Le parecería negativo?

—Usted sabe tan bien como yo lo que está ocurriendo en el mundo.

—Sí— suspiró nuevamente—, el retorno del oscurantismo sexual.

—Efectivamente. No me gusta ver más víctimas de la discriminación social.

Se encogió de hombros.

—Si es gay, tampoco usted podrá cambiarlo.

—Doctor, no me hable como a un estúpido. Sé que no. Aunque otra vez se hable de la homosexualidad como de una enfermedad, de un delito o pecado o, gran novedad, de un misterioso gen gay no identificado...

—¡Ridículo!

—Bueno, no sé si es ridículo pero sí sé que ser absurdo nunca ha matado a un prejuicio. Si no lo dijo Oscar Wilde, apúnteme en la lista de los ingeniosos. Pero si existiese tal gen, tan útil hoy para los santurrones como en su momento lo fue el sida, lo portaría mi clon.

—Es probable.

Otra serie de ideas revueltas en mi cabeza. Ante un linchamiento, ¿los negros lamentan tener hijos? O, ante una persecución sangrienta, ¿los judíos resolvían no reproducirse? Más bien lo contrario. La terquedad de los oprimidos.

Creo que vi una especie de luz. Resumida: ¿y qué si lo es? ¡Que se imponga al mundo de la imbecilidad! ¡Que pague, como todos lo hemos hecho y lo hacemos, el precio de la libertad y de la dignidad!

Sonreí, satisfecho.

—Lo tengo claro, doctor. Y creo poder garantizarle que los accionistas y trabajadores de los laboratorios Klein pueden dormir tranquilos, gen gay o no gen gay.

Insistió en pagar la cuenta. «Noblesse oblige», dijo el gángster con corazón de oro, mi mafioso maricón, idea que me arrancó otra sonrisa, esta vez más bien liberadora.

Una semana más tarde, tras una larga conversación, no exenta de altibajos, con los «padres» de mi clon, me encontré por primera vez con él en casa de ellos.

Ya le habían revelado todo. Los tres eran inteligentes y cultos, poco afectados por prejuicios y tradicionalismos irrelevantes. Nadie estaba o parecía afectado, aunque mi clon se mostraba sorprendido por la novedad.

—¿Entonces qué soy?— preguntó previsiblemente. —¿Una especie de hijo tuyo?

—Claro que no. Estos son tus padres y no hay otros. Hace tiempo que sabemos que en estas cosas en la especie humana no manda la biología.

—¿Tu hermano? No— se respondió él mismo. — Lo que necesitamos es un nuevo lenguaje. O el humor: tu fotocopia, tu xerox, tu facsímil....

—Eres mi «copiar y pegar».

Todos reímos con cierta alegre superioridad ante nuestro dominio de la situación. ¿En cuántos hogares más se estarían repitiendo estos diálogos? No en muchos, pensé, y no todos tan contentos. Irían desde la resignación hasta la ira.

Presunciones, sólo presunciones. También habría los clientes satisfechos y aquellos que estarían preguntándose por qué demonios se habían metido en esto: una falsa inmortalidad —sin permanencia del yo primario— podría ser más frustrante que simplemente morir, como estaba originalmente previsto. No era su yo, era *otro* el que estaría viendo el cliente, en el fondo tan iluso o más que Walt Disney, con la ventaja para el viejo Walt de que éste no se enteraría nunca de la decepción. No se puede ver el propio yo: sería una flagrante contradicción. Si lo puedes ver, no eres tú. La esquizofrenia tiene que ser intracraneal.

Que yo sepa, Sigmund Klein —me refiero al laboratorio, no al fundador (¿sólo muerto o felizmente clonado?)— continúa no sé si recuperando la inversión o repartiendo dividendos. La isla en el Pacífico sur funciona hasta hoy mismo: sospecho con buen fundamento que los representantes de la ley internacional son los famosos tres monitos que no ven, ni oyen ni hablan. ¿Cuántos vips estarán interesados en la propia clonación o en la ingeniería genética, prohibida o no según el caso y, por tanto cierran los ojos y sólo simulan perseguir a los infractores?

Con cierta frecuencia, mi clon y yo nos reunimos para conversar de esto y de aquello: tenemos poca ocasión de disentir; nuestras opiniones suelen ser —aunque no siempre— las mismas. Su entorno, sus «padres», su educación etcétera, hacen su parte para imponer ciertas

distancias también en nuestras respectivas ideas y no sólo en el color de la piel porque él, en su región, camina bajo un sol más contundente que yo. Curiosamente, aunque a lo mejor no es tan curioso, yo soy religioso y él se declara ateo.

El shock vino después, hace cosa de un mes, cuando en uno de los chequeos regulares que se efectúan en su universidad le descubrieron el mismo cáncer que me había afectado a mí casi exactamente a su edad.

Lo primero que pensé fue: *dos remisiones espontáneas sucesivas es demasiado pedir*. Lo segundo: *han pasado dos décadas, quizás ahora sea curable*.

Bueno, en eso estamos. Los médicos ponen cara de palo y se niegan, aunque con un cortés tono compasivo, a emitir un pronóstico. La operación, dicen, será complicada por la ubicación del mal en el cuerpo de mi clon.

Pero el verdadero motivo de que escriba estas líneas y me haya decidido a publicarlas —si alguien carente de ilusiones y de miedo se anima: los laboratorios poseen armas e influencias increíbles— es la visita que ayer recibió mi clon y que muy excitado inmediatamente me reveló por teléfono.

Era un gentil abogado de terno azul oscuro de delgadas rayas grises y chaleco lila que le propuso clonarlo por una suma muy, pero muy rebajada. Dijo algo así como «viejo cliente». Y cuando le pregunté, primero divertido y luego alarmado, qué edad tendría ese abogado, mi clon me dijo que era un hombre más bien joven, sin canas ni arrugas. «Debe ser hijo del que te contactó a ti», tartamudeó. «A veces los hijos hasta visten como su papá». — «No», pensé. «No es su hijo».

En voz alta le dije:

—No aceptes reproducir un cáncer.

No sé si me hará caso.

LA VENGANZA DE LA RAZÓN

Quizás ciertos budistas tengan razón y lo único salvífico sea *no actuar*.

Por ejemplo: estoy de pie frente al espejo del baño y me pregunto, como hacen tantos, quién es ese sujeto que me devuelve una inestable mirada. Yo también sé que soy (que es) yo, pero ese es un laborioso informe de la razón. Ésta sabía que me encontraría con ese rostro inerte, arrugado, de ojos más bien luminosos bajo pobladas y grises cejas. *And yet....*, como diría un personaje de Shakespeare. Y allí, al otro lado de la puerta del baño, en la cama doble del dormitorio, está Margarita.

¿Qué me impele a coger mi anticuada navaja de afeitar, de esas que usaban (¿usan?, ya no las frecuento) en las peluquerías para varones y rebanarme el pescuezo? ¿Y por qué no lo hago? ¿Quién quiere y quién no, dentro de este cráneo que veo en el espejo, raramente cubierto por un cabello gris-amarillento que carece de la elegancia de esas canas que trocean el corazón de ciertas chiquillas y no tan chiquillas? Cruza velozmente, por dentro de ese cráneo, luego de la pregunta de por qué no me suicido, la frase *en la duda abstente* y suelto una seca carcajadita. Margarita no la oír.

Debo hablar de Margarita.

Por lo pronto, el dato que al comienzo de nuestra relación no nos parecía significativo: tiene 22 años que contrastan notoria y hasta abusivamente con mis 62. Además es bella. Además es inteligente. Además me ama, como por supuesto yo a ella. ¿Que si estoy seguro? Lo estoy y no me pidan pruebas, que este no es un tribunal. ¿O lo es, conmigo de juez, fiscal, abogado, acusado y chismoso público?

Fue alumna en mi cátedra de historia del arte. ¿La banalidad de un encandilamiento estudiantil y de la lujuriosa condescendencia de un viejo verde? Lo niego, aunque el fiscal y hasta el juez sonrían con malevolencia. Primero consultas formalitas sobre Bosch o Magritte, luego cafecitos, luego... ¿para qué seguir? Para mi propia sorpresa,

funcioné decorosamente en la cama. Más se hubiera sorprendido mi esposa, de haberse enterado de los detalles. Eso fue hace algo más de un año. Dos meses después, cuando mi esposa Isabel me negó el divorcio, sencillamente me fui a vivir con Margarita. Afortunadamente yo no dependía económicamente de mi sueldo académico.

Una de las cosas que más me habían fascinado de Margarita era lo que riéndonos llamábamos sus locuras. No era ajena a bailar en la calle, sola, al compás de las exhalaciones provenientes de una tienda de música, reírse a gritos de cualquier tontería, llorar por un pajarito aplastado en la pista, incidir en graves discusiones filosófico-religiosas sobre la vida extraterrestre o —para mi simulado escándalo— dibujarle bigotitos al abrumador personaje de «El Grito» de Munch. Sé (creo saber) que a veces exageraba para, como decía, *sacudir a su profe*. Lo lograba, pero pronto, aunque con recaídas, comencé a apreciar ese baño de libertad que tanto contrastaba con la solemnidad de Isabel y con mi propio recato. No puedo evitar, ahora, pensar en Emil Jannings y Marlene Dietrich en el «Ángel Azul». Pero eso es absurdo e injusto: Margarita no tenía ni tiene, a diferencia del personaje encarnado por Dietrich, la menor veta de maldad u oportunismo. Más de una vez la califiqué de verdadero ángel, no azul. En todo caso, pecaba más bien de bondadosa hasta el extremismo.

Hipnotizado por mi imagen en el espejo del baño, como por una pesadilla de la que no puedo despertar, lo recuerdo todo o, por lo menos, lo que mi frágil memoria me permite resucitar. No creo que falte mucho. Allí aparecen, inclusive, mis ligeros ataques de celos que ella desechaba riéndose, entre fastidiada y divertida. Recuerdo su reproche favorito:

—Estás loco.

Claro.

Y, no sin vergüenza, su acotación preferida:

—¿Una chupadita?

¿Por qué no incluirla aquí? Es realista y graciosa. Además, quiero crear una imagen completa, una estructura acabada, como la de un mural del Renacimiento. No sólo eso: trato de graficar cómo he cambiado. Ustedes, que me conocen desde hace tiempo, saben y me han dicho hasta qué punto dejé de ser (ahora se atreven a confiarme-

lo entre sonrisas) el profesor «estirado» que muchos respetaban y pocos querían.

Debo haber contenido desde siempre a este nuevo «profe», que ya no concentra esfuerzos en evitar toda frivolidad y mantener una imagen de distante seriedad. Allí debe haber vivido, aplastado incómodamente, esa especie de viejo chiquillo que Margarita liberó. Sé que es así. De no serlo, ese anciano mental permanente no hubiera estallado como un globo pinchado por el alfiler de ese amor joven y «loco» que Margarita ayudó a salir de su cárcel.

Salíamos. Yo, el recluso voluntario —la casa, la universidad, las galerías, los seminarios— «salía».

—Eras no un ratón sino una rata de librería o, mejor dicho, de museo, —se reía Margarita y yo lo celebraba.

No es que ella fuera una belleza tonta, como quiere el folklore que sean las bellezas. Leía, hablaba, entendía de arte y hasta se atrevía a escribir poemas que no por carecer de genio llegaban a ser malos.

Otoñales, nos dicen, cuando agreden sólo moderadamente a gente como yo. Y recurren a un Freud compacto cuando hablan de mujeres como ella.

«Busca un padre», especulan.

—O un abuelo —sonreía yo al comentarlo.

—Haz como en el valse —respondía. —*«aunque el mundo nos señale»*.

No sólo íbamos al cine o al teatro. Me mostró lo divertido que es un karaoke, aunque ambos renunciábamos a las discotecas tras una sola excursión: desafiar a la epilepsia con el ruido y las luces nos pareció excesivo a ambos. Descubrí los placeres de conversar también trivialidades, aprecié experimentos en su maquillaje, jugué con ella a descubrir profesiones en caras desconocidas del Haití. Identifiqué el ridículo en los convencionalismos pero también en las verdades y lo desafié. Aprendí a *confiar*.

Ahora tengo que decirlo, porque a continuación viene lo que parece esa moralina barata que culminaba las antiguas novelas pornográficas, donde tras los intrincados placeres de los protagonistas el autor se sentía obligado a encajarles horrendas enfermedades o muertes. Dicho sea de paso, siempre me intrigó el porqué de esos tristes finales: de

todas maneras esas publicaciones eran ilegales; ¿por qué no terminar, como los cuentos infantiles, con un «fueron felices y comieron perdices?».

Ahora se me ocurre que quizás, sólo quizás, fuera puro realismo. Quizás, sólo quizás, la felicidad humana sea verdaderamente un desafío, siempre derrotado, a alguna ley universal dictada por un dios incapacitado para la bondad o la resignación. *Celoso*, lo llamaban los viejos hebreos.

Porque que mis cada vez más frecuentes jaquecas y vacíos de la memoria hayan culminado en ese acto de barbarie no puede explicarse sólo como una venganza de la razón, como un despliegue de humor negro.

¿De la razón?

¿Cuántas clases de razón puede haber? ¿Fue por esto que mi colega de la facultad de psicología, con su pensamiento deforme, me advirtió contra mi cada vez más inquieto inconsciente? ¿La libertad siempre busca culpables para su labor destructiva?

¿Por qué tuve que destruirlo todo? ¿Por qué esa navaja no fue para mí?

¿Por qué tengo que darme coraje, entrar al dormitorio y comenzar a llorar para siempre?

JAMÁS SERÁ VENCIDA

¿Cómo imaginar que esa historia terminaría con un cadáver y una sonrisa?

Pero por otra parte, ¿qué nos quedaba?

Éramos unos cuantos, que al final nos reducíamos a dos, y los otros eran millones. La historia y la patología, ¡qué combinación!

—¡Cállate!— exclamó Marissa cuando le propuse suicidarnos. — De eso no se habla; se hace.

Protesté. Pero sabía que no sólo era inútil: era también incoherente. Y el disfraz favorito de la cobardía es la generosidad.

—Siempre lo hemos hablado todo— me atreví. —Cuando el mundo se te vuelve incoherente, ¿con qué te defiendes si no es con un mínimo de razón?

—Pero si es justamente eso lo que nos han quitado.

—¿Quiénes?

—El Dios que no existe, el futuro que nos ahorcaron, el cuerpo traidor, el alma muerta. La poesía colgada de un árbol sin raíces.

Me tentó la despectiva redundancia hamletiana: palabras, palabras, palabras. Resistí. Marissa no estaba para críticas literarias. Y yo no estaba para risas.

Era cierto que nos habían ahorcado el futuro, pero esa afanosa búsqueda de asesinos carecía de sentido. Me molestaba, eso sí, la opulencia verbal ilógica, fría, cursi, de Marissa. ¡Qué atroz no decirle pero pensar que nadie habla así! Morir es una cosa, increpar a la víctima es otra. Y convertirlo todo en literatura es un mal gusto inmerecido.

Pero era yo el que había propuesto hablar y ella la defensora de la acción directa.

—¿Otra vez hablar?— había dicho también. —¿Qué queda por hablar? El socialismo murió, en vez de barricadas hay internet, yo espero la muerte en una silla de ruedas y la naturaleza acelera su paulatina venganza contra la tecnología. ¿Qué hay de nuevo?

Incliné la cabeza. Qué bueno que los hombres prefiramos llorar hacia adentro. Será un penoso machismo, pero es, también, un defecto elegante. Quebrados pero secos. Como dije, la generosidad es un vestido amplio bajo el cual se cobija, con risitas de bruja, la cobardía.

¿Y por qué ese exceso de nuestra parte?

Marissa dixit:

—Por ahí andan tantos revolucionarios estudiando las páginas financieras, descubriendo cobijos religiosos, ejerciendo un tartamudeante cinismo. No los veo suicidándose por la caída del Muro; fueron escasas las muertes tras el develamiento de los crímenes de Stalin en los cincuenta o cuando, mucho antes, libertad/igualdad/fraternidad terminaron chapoteando en la sangre del Terror.

—¡Cuánta muerte inútil, cuánta resistencia estéril, cuántos millones de vidas irremplazables quemadas en los hornos de la incompetencia!— había comentado yo, aludiendo, claro, a la historia universal de las sobrevaluadas cortezas cerebrales de esta especie. Fuimos tan tercetos en la opulencia de los sueños y en la criminal mediocridad de los resultados.

Marissa había optado por sonreír, con ese rictus terrible en su rostro asolado por la enfermedad.

—¿Y esa sonrisa?— pregunté, incómodo.

—Tu egoísmo me hace sonreír.

—¿Egoísmo?

—Claro. No le dieron su caramelo al niño. El niño patalea y le grita «¡te odio!» a su mamá, la historia.

Me reí.

—Es que mi mamá jamás ha entregado un solo caramelo. Mi mamá reparte veneno con azúcar. Y nosotros los niños, dale y dale de seguir chupando.

Hoy función doble: con los sueños de la fe en el progreso revolucionario se me han muerto los sueños personales. Se me han muerto las marchas con pancartas, las noches de adrenalina conspirativa, los documentos para el comité central. Pero, sobre todo, lo que la gente correcta llama el sentido de la vida. ¿Un sentido utópico? Siempre lo son. Soportamos errores propios y calumnias ajenas, imperialismos y

trotzkismos, fascismos y anarquismos. Fuimos duros y nos conmovió la ternura de la ilusión; gritamos cuando debimos y callamos cuando se nos ordenó. Tuvimos que matar y nos torturaron. Disparamos contra el pasado que siempre parece sobrevivir y ocupamos sorprendidas tumbas prematuras. El partido siempre tenía la razón (con el añadido «históricamente») y de pronto resultó que el partido se nos convertía en un asilo de tontos apestados.

—No es que ellos tuvieran razón— proclamaba Marissa. —Eso todavía hubiera sido si no soportable, al menos explicativo. El capitalismo es más mierda que nunca. No estuvimos a la altura de la demanda histórica.

—¿Y si la cagada social no fuera sino un reflejo de la cagada de la naturaleza?

—¿Qué quieres decir?

Ah, en esos días no tan lejanos Marissa, aunque ya inmovilizada, podía pensar, hablar, discutir.

—Que la animalidad vive en el caos competitivo de comer o ser comido. ¿No será (es un decir) que la masacre mutua del capitalismo no es sino la organización humana de esa espontaneidad asesina de la naturaleza?

—Eso dicen los un tanto avergonzados defensores del culto al mercado. Se encogen de hombros, sonríen tímida o agresivamente y sugieren que no es culpa de ellos, que así son las cosas con o sin su dios. «¡Qué bonito sería» (suelen añadir) «si el comunismo fuera posible! Pero ya vemos que eso iba contra la naturaleza humana».

El avergonzado era yo. Marissa, impertérrita, se negaba a agachar la cabeza. Camus, liberal y antimarxista, ordenaba el combate absurdo contra el absurdo. Pero nuestra escuela era otra, contraria: introducir la lógica en el mundo del crimen. *Nuestra* lógica, la única sensata: sin dioses ni reyes, como decían nuestros hermanos perdidos del anarquismo, la abolición de las cadenas, según nuestro manifiesto original. ¿No era cierto, entonces, que todo lo que podemos imaginar es realizable? Reorganizar el mundo, imponer la justicia, decretar una futura libertad, ¿era sólo ciencia-ficción o mito religioso?

No sé si la desintegración de Marissa fue, como a veces me digo, el golpe final de la traidora realidad. No nos considerábamos pre-

cisamente románticos, hay que recordarlo. La dureza bolchevique y todo aquello. Había que sublimar, como decía el discutible Freud, nuestra ternura por la humanidad doliente y convertirla en balas, restricciones, renunciaciones hasta a la dignidad. Llegamos —¿por qué no admitirlo a estas alturas?— a encanallarnos construyendo el paraíso de nuestros nietos. Y ahora, ¿a quién se lo cobramos? Más difícil aún: ¿a qué terrible dios de los ateos le cobro la desolación de Marissa convertida en podredumbre?

¡Qué idea imperdonable la de siquiera contemplar que los ejecutivos de Wall Street y el obispo de Roma hayan estado todo el tiempo en la trinchera de una verdad tan objetiva como inaceptable!

Y ya ni siquiera puedo preguntárselo a Marissa, inmóvil como la esfinge pero sin su bella grandeza. Sus palabras se han convertido en babas y mierda incontrolables que alguien tiene que limpiar todos los días, todas las horas, todos los años de un futuro desalmado, puro cuerpo enloquecido.

Al fin puedo definir la palabra «insoportable».

No tengo el noble coraje de matarla y matarme.

Agoté mis reservas de coraje.

Sólo me quedan miedos.

El neo-coraje de la cobardía. Me odiaré siempre, lo sé, aunque me repita a mí mismo que ya no podía más, que tengo derecho a sobrevivir, que haber sido asesinado me da derecho a asesinar.

Ya imagino tu cadáver, Marissa. Y veo tu cadáver, socialismo.

Me voy de mi propio cerebro y huyo de una mirada vacía.

Pero esa sonrisa que revolotea sobre tu próximo cadáver, ¿de quién es?

¿Quién mierda sonrío?

Adiós utopía. Adiós Marissa.

Nadie adivina cuánto pesan mis maletas.

IN MEMORIAM

En aquel tiempo, cuando comenzó el proceso de olvidar, yo creía que sólo se trataba de mí: Isabel, fugada a otro continente, se había despedido de nuestra relación con una mezcla de compasión por nuestro tiempo y de tensa y dolorosa anticipación de su encuentro con Ricardo. «Lo nuestro fue hermoso», me dijo al partir rumbo al aeropuerto. Quizás esa frase sea lo último que olvide.

Me propuse odiarla y no pude. Pero muchas noches después comencé a descubrirme buscando inútilmente en mi rebelde memoria primero su rostro y luego su nombre que, para mi sorpresa, acabo de reencontrar hace pocos minutos al escribir estas primeras líneas, junto al del hombre que ama ahora, si es que ha logrado retrasar su propia desmemoria. Sus facciones aún me eluden: su cabello era negro, lo recuerdo, pero ¿y sus ojos, sus labios, su estatura, su vello púbico? Perdidos, supongo que para siempre. Pero este sufrimiento es otra débil memoria que, así lo espero, pronto me abandonará del todo.

¡Qué difícil se va haciendo este hurgar en la esquiua memoria! Hasta ciertas palabras comienzan a huir, como ella hace siete meses. Si alguna vez fui escritor, enfrento ahora la fuga de los vocablos, la incertidumbre de este quizás último texto. No habrá quien sepa cuánto me cuesta anotar esto. Si antes fui, como escribieron algunos críticos, un esforzado pero nunca exitoso prófugo de la mediocridad literaria —y posiblemente de la humana— pronto dejaré también esa pugna. Ni siquiera sabré que tales (y otras) guerras existen, ni quiénes las combaten ni menos para qué.

¿Me gustó recibir ayer —ayer o anteayer— una breve carta de Isabel? Eso no lo recuerdo, pero en estos momentos me gusta: es volver al barrio de la niñez, con sus casas crecidas y sus alegrías melancolizadas. Aquí la tengo:

Querido Antonio:

Ese es tu nombre, ¿verdad? Estoy aterrada, como todos. Sólo sé que debo escribirte, recordar que tuvimos algo. Ricardo, generosamente distraído, me

asegura que te amé mucho, quizás tanto como ahora a él. Por alguna razón me aferro a eso y no conozco la razón. ¿Vives, estás bien? ¿Me recuerdas? Y si me recuerdas, ¿cómo? ¿Con amor, afecto, indiferencia, odio? Ricardo hurgó en mi agenda —antes eso me molestaba, te confieso— y encontró tu dirección. «Escríbele», me dijo. «¿Por qué?» le pregunté. Y: «¿Quién es?». Su mirada fue extraña: «Fue tu pareja antes de conocernos».

¿Es cierto? Escríbeme, cuéntame qué fuiste para mí. Algo en esa idea me intranquiliza. También me inquieta no tener pasado, sobre todo ese pasado, tampoco sé por qué.

Te quiere recordar,

Isabel.

Sobre la mesa «La República». Sus titulares de primera página son:

¿Virus o bacteria?

***Gobiernos, médicos y laboratorios en desesperada lucha
contra el tiempo***

Febil búsqueda de antídoto y/o vacuna

Dije que me gusta releer esas líneas de una mujer que estaba olvidando. Evidentemente, la enfermedad —si es realmente una enfermedad y no, como a veces pienso, sencillamente la extinción de la especie— avanza irregularmente. La que más ha olvidado parece ser Isabel y el que menos Ricardo; yo, Antonio, estoy entre ambos. Recuerdo que amé a alguien cuyo nombre acabo de recuperar aunque no sus rasgos. Al leer la carta aún no reconocía el nombre de Isabel y menos el de Ricardo. Éste sabe quién soy o fui; ¿sabrá quién es él? ¿Sabrá quién o qué fue o es para él Isabel?

Lo que pasa afuera me deja de interesar. Sé que caen gobiernos, que se clausuran instituciones, que los hogares se disuelven y la gente grita y no recuerda por qué grita. Pronto ya no habrá diarios (¿cómo

escribir? ¿cómo leer, entender, aplicar?) ni ejércitos, ni amores u odios (¿cómo persistir en los afectos?). Sólo quedará un presente que se contrae y minimiza.

En algún lugar hay, por ahora, una Isabel que quiere recuperarme sin saber cómo ni por qué, un Ricardo cuya indiferencia lo vuelve generoso y estoy yo, a quien le cuesta cada vez más encontrar un motivo para intentar retener una memoria. El olvido genera indiferencia: te entiendo, Ricardo, ahora que ni a ti te interesa que te entiendan. En cuanto a ti, Isabel, me duele estar dejando de sufrir por tu ausencia y por tu olvido. Es un viejo, sutil, incómodo dolor que no termina de encontrarse a sí mismo ni menos a comprenderse.

Debo ir a comer, me dicta mi estómago, probablemente el último receptáculo de mi memoria. ¿Todavía funcionará hoy ese restaurante de la esquina, cuyo nombre me elude?

¿Qué significa «eludir»?

EL ANTI-BESTSELLER

¿Cómo era la canción de los Beatles?

«All you need is love».

¿Es cierto? ¿Todo lo que se necesita es amor?

Uno quisiera creerlo, sobre todo cuando está enamorado y los fantasmas acechan.

Fantasmas ectoplasmáticos pero otros, menos gaseosos, también.

¿Qué destruyó al amor de Romeo y Julieta y a ellos mismos?

La guerra entre Capuletos y Montescos, se dirá.

O el mundo. O la envidia de los emocionalmente estériles. O la represión.

O la buena suerte.

¿Cómo?

¿La *buena suerte*?

Sí, la buena suerte.

Olvidemos a Shakespeare, ese magnífico autor de bestsellers. Apliquemos simplemente una pizca de experiencia no-literaria y otra pizca de sentido común. Con experiencia y sentido común no se fabrican bestsellers, ni los buenos ni los malos. No se fabrican con realidades ni con sueños desmesurados. Los bestsellers se fabrican con *deseos modestos*. Con sueños *ocultos, vergonzosos y frustrados*.

He aquí algunos:

El amor eterno. La fortuna bien o mal obtenida pero bien aplicada. La superación *individual* de barreras como la raza, la clase, la religión o la familia hostil. La casita en Canadá. La victoria del bien. La derrota del mal.

Cambiamos el nombre de Romeo por el mío y el de Julieta por el tuyo.

No tenemos catorce años ni vivimos en Verona.

Tenemos, respectivamente, treinta y ocho y veintinueve ¿okey?.

Okey.

Vivimos en Lima, Perú, ¿okey?

Okey.

No hubo familias opositoras, ni guerras o revoluciones que nos separaran como al Dr. Zhivago y a su noviecita. Yo no era ni soy pobre. Tú tampoco. Y no somos obscena y peligrosamente ricos. Nada nos separa; nada nos exige sacrificios.

Tampoco apareció, como caído del cielo o subido del infierno «el otro» o «la otra». Ninguna penosa y destructiva enfermedad interfiere. Es imposible que algún terrible día descubramos, como en una telenovela clásica, que en realidad somos hermanos: nacimos en continentes diferentes.

No hay espada de Damocles alguna sobre nuestras cabezas.

Somos una versión olvidable de Romeo y Julieta.

No tuvimos suerte.

En vez de morir continuamos. Nos casamos. Fuimos felices. Hemos sido bendecidos, como suele decirse, con un par de hijos lindos e inteligentes. Nuestros suegros y suegras nos aman. Nuestros amigos nos envidian. Nos llaman *la pareja perfecta*.

Entonces:

¿Por qué nos odiamos, después de aburrirnos y antes de separarnos o asesinarlos?

¿Dónde falla la vida y dónde la literatura?

Shakespeare fue inteligente. Los mató a tiempo.

Una muerte espectacular, sangrienta, *teatral*.

Ningún lento gotear de los años.

Nada de «buenos días» por encima del periódico del desayuno.

Sin el «¿y?» de los minutos sobreextendidos. Sin los chistes repetidos y la nostalgia rutinaria. Sin empujar el coche de los gemelos ni, después, el de los nietos insoportables. Sin el «ya lo sé» del almuerzo.

¿Imaginas a Romeo y Julieta vagando por el parque, entre escatológicas palomas, desesperados por una banca? ¿Sacando por turnos la basura? ¿Buscando los guantes de goma para lavar los platos?

¿Dónde quedó el bestseller, dónde la tierra prometida?

¿All you need is love?

EGOÍSMO

«El universo», piensa Raimundo Velloz,
«¿qué tontería!»

En «Mudanza», de Julio Cortázar

Generalmente paseábamos por los malecones de Miraflores. Como a todos los adolescentes, las estrellas veraniegas nos dictaban las preguntas que cada generación reinventa: ingenua filosofía espontánea que hurga en la materialidad a la búsqueda de esa metafísica esquiva que produce dioses. Cogidos de la mano, escurriéndonos a ocasionales besos, valientes ateos conflictuados, Gisela y yo tratábamos de instalar nuestros catorce años en la confusión del mundo. Eternidad, siempre, nunca, paralelismos y discordancias, sentidos y exigencias se revolvían como perros inquietos en busca de un amo generoso pero sobre todo *comprendible*.

He escrito: «como a todos los adolescentes...» y ese es un abuso egocéntrico. Despreciábamos a esa plomiza mayoría que desde temprano se acomoda o acepta ser acomodada en las certezas de una fe que se presume lógica, en ese vertedero de ideologías absurdas que se disfrazan de sentido común: Dios (el nuestro, naturalmente) lo ha hecho todo, lo sabe todo, es todo amor, nos recompensará. Ese mismo dios sabrá por qué no quisimos aceptar tan económico pasaje a la felicidad o a la resignación. No fue por la presencia de los niños desarraigados y/o muertos, ni por la proliferación de hospitales y morgues, ni por los titulares de los diarios (esos cabales resúmenes de una historia finalmente frívola). ¿Por qué *frívola*? Porque el recorrido del hombre por la no menos cruel naturaleza combina dolor con inutilidad.

Gisela y yo, como es obvio, íbamos a trascender. No como almas inmortales —idea que nos parecía tan cursi como imposible— sino,

tal cual suelen formularlo revolucionarios o rebeldes, como eslabones en una cadena que arrancaba en las primeras batallas contra los neandertal y terminaría (si es que terminaba) en las luminosas oscuridades del Gran Crunch final del universo. Habíamos leído no sólo el Anti-Dühring y demás silabarios marxistas sino «Fundación» y visto «2001»; la enloquecida y asesina gran computadora de esta última película sólo nos pareció graciosa. Pequeña, rubia, insegura en su espontánea femineidad como yo en mi masculinidad, Gisela contrastaba con mi enclenque figura, anteojuda y ya con indicios de joroba de biblioteca. Todavía (la adolescencia es seria) carecíamos del humor necesario para describirnos como la bella y la bestia. Ahora ella se ríe, cómo no. Es una risa más bien satisfecha, la de alguien que modestamente acepta una vanidad. Si hubiera un Dios, le pediría bendecir esa vanidad pero en un mundo sin espejos.

Eslabones... Claro, pensábamos, esas futuras generaciones de un mundo solar nos recordarían con orgullo y humildad: *ellos, dirían, cumplieron. Sucumbieron en las pestes, fueron aniquilados en trincheras, se pudrieron en prisiones, colgaron de las horcas, murieron de dolorosas enfermedades olvidadas, fueron explotados en plantaciones, fábricas y oficinas, crucificados, apedreados, abogados, torturados. Para que nosotros, seres solares, pudiéramos encarnar sus ya enterrados sueños.* Nos parecía hermoso. Después de todo, la historia no era insensata ni inútil. «Apariencias», decíamos. Como cualquier teólogo, apostábamos a un sentido cuya vastedad nos deglutía. La humanidad, decía fervorosamente Gisela, reptaba por una escalera ascendente. Sí, respondía yo, el individuo se realiza en una comunidad que no sólo existe en el espacio formal sino también en su cuarta dimensión, el tiempo. *Fueron parte de algo*, pronosticábamos que dirían Ellos, *son parte de nosotros.* No debería sorprenderme la existencia de teólogos ateos. De eso me río yo, como Gisela se ríe de su belleza y mi fealdad. Pero la mía no es una risa satisfecha.

Oh milagro: nuestra relación perduró y nos condujo a una silenciosa boda civil. Asistieron familiares, compañeros del partido, colegas y amigos: en total unas veinticinco personas arracimadas en un salón pequeño de la municipalidad de Lima: Miraflores nos pareció pituco. Nuestra noche de bodas en un hotel de los suburbios nos encontró

vírgenes, no sólo en lo sexual. El himen no fue un problema, pero nos esperaban atroces aprendizajes. La pobreza, los hijos, la rutina de trabajos idiotas, la delincuencia, las guerras: nos esforzábamos por encajarlo todo, como sardinas en una lata, dentro del rubro social. Algún día esa revolución que los produciría a Ellos nos libraría de la plusvalía y de los resfriados. Nos negábamos a la originalidad; más grave, éramos ciegos y, me temo, sincera, involuntariamente deshonestos. En el fondo, creo ahora, teníamos miedo, como todos. Miedo a esas grandes y vacías verdades finales que me alteran ahora: el «para qué» irresponsible tras cada idea, tras cada acto. Me niego a seguirme cobijando en el misterio. Si los dioses son incomprensibles, no existen para nosotros, y ese «para nosotros» es lo que cuenta.

Porque asistir, día a día, hora a hora, minuto a eterno minuto a la transfiguración de Gisela, a sus células proliferantes, a la maldición de su carne enloquecida no es sólo una tortura. Es una declaración de falta de principios del universo, el eco de algo inexistente, una carcajada de la nada. «Egoísmo», dice mi buen amigo el jesuita que conocí en el hospital, antes de que enviaran a Gisela a la casa para que se termine de pudrir en paz y sin molestar. «Tu tragedia personal. No involucres a Dios. Quizás le esté preparando a Gisela una felicidad que no puedes ni soñar». Yo le doy palmaditas en el hombro al buen jesuita y le digo eso, que es un buen hombre y un buen jesuita. Que le agradezco esas bondadosas y retorcidas invenciones, las estafas que transmite de buena fe, las anteojeras que distribuye tan ansiosamente. Sus ojos me transmiten —al menos eso creo ver— un terrible mensaje: más vale una mentira que permite vivir que una verdad asesina. Quizás todos los sacerdotes crean eso, quizás sólo algunos. ¿Hay que aplaudir? Desde Gisela hasta Hiroshima, desde Gisela hasta Auschwitz, desde Gisela hasta el millón de masacres: ¿egoísmo? ¿Quiere más, padre? La peste negra, las cruzadas, el hambre en África, las montañas de calaveras erigidas por los mongoles, los niños explotados, el cáncer de todos y todos los cánceres, no sólo el de Gisela. ¿Suficiente, o nos faltan las matanzas de brujas, los cadáveres en las autopistas, los psicópatas? Cualquier lista que se haga será incompleta: ¿egoísmo?

A Gisela la trajeron hace un mes. Y lo que sucede desde la semana pasada y que se confirmó hoy en la mañana —la inexplicable remisión

del cáncer de Gisela, su «milagrosa» cura, su condena a seguir viviendo— no cambia nada: la arbitrariedad sigue vigente. Ella dice que no le importa vivir físicamente deformada. Nos amamos, dice, y es cierto. ¡Puedo sobrevivir!, exclama el egoísta. ¡La tengo conmigo y quizás tenga la suerte de morir primero!, añade el egoísta. No he visto todavía al buen jesuita pero intuyo lo que me va a decir: «Agradece de rodillas la bondad de Dios». Como si uno se arrodillara y besara los pies del croupier del casino, que me hizo ganar a costa de centenares de perdedores.

No.

CERRANDO LA TIENDA

Será hora de cerrar la tienda, como dicen allá por el norte. Casi todos se me han muerto: Fidencio, pisoteado a sus setentitantos años por un microbús; la Marga, con los riñones y algo más hechos leña; el cáncer se llevó a Esteban, el hijo del abogado; William pescó una neumonía por bañarse en el río a los ochenta y en invierno; el Juancito, que se fue a la capital creyendo quién sabe qué cosas, se murió en la misma choza que se construyó cuando llegó (me lo contó su sobrino Pepe, que se enteró cuando fue a buscarlo porque pensó que su tío ya estaría viejito). Y así.

Eso de no tener amigos es jodido. Sentado todo el día en la tienda o en un banco de la Plaza de Armas uno se aburre. Y la familia, muy atenta, qué estará pensando de este viejo que sobra y no hace más que contar las mismas historias. No crean que no me doy cuenta.

Un poco que a uno lo salva la chiquillería. A esos no les importa escuchar lo mismo todo el tiempo. Hasta les gusta y se ríen cuando la historia se me cambia.

—¡Así no es!— gritan y se ríen.

—Respetar a tus mayores— dice Sara, mi segunda hija, la que se casó con Mauro, el chofer.

El frío también jode más que antes.

—¿A mí cuándo se me enfriaban los pieses y las manos?— les comento.

—No se dice pieses, papá— se ríe Amancio, mi hijo mayor, el que estaba estudiando zootecnia en la capital hasta que se acabó la plata y no consiguió más.

—¿Crees que no sé? Lo dije por joder, disculparán la palabra.

Y uno duerme mal de noche y se queda dormido en el día. En fin, no voy a hacer toda la lista, que es bien larga.

Menos mal que ya hace como diez años que se murió Flora, mi mujer, porque en cuestiones de cama ya voy dejando de funcionar. Como dice la canción, para qué voy a querer mujer si no tengo con

quién o será al revés, para qué voy a tener con quién si ya no quiero mujer. Estas cosas no se comentan, y menos en familia. A mí como que no me importa mucho. Lo que tengo que hacer ahora es prepararme para ir al encuentro del Señor.

Esa es otra cosa que me friega un poco. No porque no crea sino porque a veces el cura habla tonterías. La Iglesia es como el gobierno: a veces los presidentes son buena gente pero están rodeados de pillos o de sonsonasos. No sé si se escribe así. Este cura se pasa, pero como respeto el hábito ahí lo dejo. Dios no tiene la culpa.

Yo siempre tuve mi tiendita de abarrotes, no la que voy a cerrar, esa es otra más grande. La de abarrotes se queda con Amancio y los otros. Usted dirá: una vida más bien aburrida. No crea. Uno lorea con todo el mundo, escucha y comenta las novedades y es de los primeros en recibir y a veces leer los periódicos. Como soy el único de los hermanos que fui a la secundaria en la capital provincial y hasta tuve un par de amigos universitarios tengo algo de conocimientos. Medio que me enseñaron inglés en el colegio, pero para qué. Los gringos que aprendan castellano cuando vienen por acá.

Y la guerra que pasó por aquí. Bombazos, balazos, y esa vez que tomaron el pueblo y mataron al alcalde por enemigo del pueblo, como dijeron. Bueno, es cierto que el alcalde era un hijo de mala madre pero tampoco era para tanto. Y los del ejército que vinieron después con las caras pintadas como putas marrones fusilaron a dos de los revolucionarios o terroristas, como sea que se llamen, y de paso también mataron a Ismael, el de la chacra del kilómetro 447, que no tenía nada que ver. Ese tiempo no fue aburrido para nada.

Era una vaina porque si no te peleabas con uno te peleabas con el otro y si te peleabas con los dos te caía de todos lados. Y menos podías estar bien con los dos. Lo único era hacerse el sonso, que tampoco funcionaba siempre. A mí me funcionaba porque ya era mayorcito, pero a mis hijos los sarandeaban ¿o se escribe zarandeaban?. Que vente con nosotros a liberar al pueblo o que vamos pal cuartel. Y a una hija me la violaron y la pobre no consigue marido desde ese día.

Fue peor que la langosta, me lo pueden creer.

Esto de morirse será como apagar la luz.

Pero es que la puedes apagar bajando una palanquita o te pueden romper el foco de una pedrada o puede haber apagón en todo el pueblo, como cuando volaban una torre y venían los tiroteos y amaneían los muertos en la calle. Tantas maneras de apagar la luz y de morirse. Yo quisiera que fuera como cuando se va la luz del día, cuando el sol se baja detrás de los cerros y se empiezan a oír los grillos.

Debe ser cierto que hay Dios, infierno y cielo. Si no, ¿cómo?

Varias veces estuve a punto. No quiero ni acordarme aunque tampoco se puede olvidar. De chico, con las fiebres y el estómago. Más grandecito, cuando me metieron preso y me agarraron a palos por sospechoso de subversivo, hace poco nomás. Ya estaba mayor y me pareció que no iba a aguantar. Uno más joven se murió ahí nomás y qué habrá sido del cadáver. A lo mejor lo encuentran los de los derechos humanos que andan buscando tumbas. También una vez que me fajé, ya hace años atrás, cuando le faltaron el respeto a la Flora, mi mujer. Todos estábamos pasaditos de tragos y resulta que me dieron de alma. Cosas de la vida.

Por una parte está bien que ya me vaya retirando. Uno siente como que estorba, que se tropiezan con uno. Y se siente más el frío, hasta en el solcito. Sentado todo el día en la tienda, vigilando que el Amancio y los otros cobren lo que tienen que cobrar y no anden regalando la mercadería. A veces da ganas de largarse, pero adónde y con qué.

Podría irme a la capital. Ahí tengo primos. Pero peor sería. Si tuviera las fuerzas de antes, a lo mejor, pero así como estoy...

Cualquier sitio es bueno para morirse si es en la fe del Señor, dice el cura. ¿Cómo será?, le contesto. La verdad, no creo que sea igual cualquier sitio. Aquí al menos estoy donde estuve. Están mis cerros, el río, este cielo que no es como otros. Por aquí están mis hijos y nietos, los vecinos y las tumbas. Estaré acompañado por huesitos conocidos.

¿Qué dirán cuando encuentren esto que he escrito en el cuaderno donde llevo mis cuentas? Viejo sonso, van a decir. O pobrecito, que es peor. A ver si se dan cuenta que estoy entre aburrido y hartó. Los

jóvenes no es igual. No saben de qué me estoy acordando porque no estaban y cuando les critico sus músicas y sus ropas, se ríen nomás. Por eso mejor me callo.

Sí, pues. Ya es hora de cerrar la tienda.

CARTA A UN ELEGIDO DEL SEÑOR

Estimado señor:

Acabo de leer la entrevista que le hace la revista «Caretas» de esta ciudad y me he detenido, reflexivo, en aquella frase suya que sin duda resume con precisión y cierto encanto los sentimientos de gratitud y renovada religiosidad que le embargan.

«Siento que he vuelto a nacer», afirma usted. «Durante todo lo que me quede de vida agradeceré al Señor, que me hizo el milagro de mi supervivencia».

No es una sentencia demasiado original pero estoy seguro de que sintetiza a la perfección el mensaje que usted le envía, a través de la revista, a su Creador.

El reportaje es acompañado de varias fotografías, en una de las cuales usted aparece de rodillas en una iglesia con la mirada fija en el altar, presumo que rezando. Sin duda es lo menos que usted puede hacer, visto el extraordinario favor recibido y la relación especial que usted tiene con Dios.

Lejos de mi intención perturbar tal relación o minimizar la gracia obtenida. Es evidente que usted debe merecerla, porque quienes, como usted, creen en el plan divino y en la Divinidad que lo ha elaborado —quizás en noches de insomne y metódico esfuerzo—, han de haber acumulado méritos enormes en este valle cuyas lágrimas no siempre están bien distribuidas. ¿Y quién sería yo para cuestionar la existencia de tales métodos o para valorarlos?

Los hechos mismos son fácilmente descriptibles: un avión despegó del Aeropuerto Jorge Chávez de Lima rumbo a Madrid, vuela desapasionadamente durante un par de horas y luego inocentemente cae a tierra víctima de lo que los expertos y los no expertos denominan una «falla técnica». Utilizo el adverbio «inocentemente» porque no hay forma de culpabilizar a alguien (los metales pueden fatigarse, las tuercas aflojarse, la electrónica enloquecer en su inestabilidad) y usted, con sus declaraciones, ha puesto en su lugar a quienes, descreí-

dos, hubiésemos podido hablar de azares, casualidades o matemáticas caóticas. O de injusticia.

No, no. Dios estuvo allí, haciendo su trabajo al menos con usted, señor. Fue Él, asegura usted, quien le hizo retrasarse y perder el avión, adjetivado como «fatídico» en un ataque de huachafería inusual en «Caretas». El vuelo o el avión fue fatídico para 118 personas entre pasajeros y tripulantes, incluyendo a Elsa, *mi* Elsa, pero no para usted, gracias a Dios. *Usted* volvió a nacer. Elsa y los otros 117 se quedaron definitivamente muertos. El Señor no dispuso para ellos, como lo hizo para usted, un ligero accidente de tránsito rumbo al aeropuerto, cuyo único efecto práctico fue hacerle perder el «fatídico» avión y revelarnos que usted es un Elegido, categoría que no alcanzó, entre tantos otros, mi Elsa.

Sí, pues: fatídico para unos, maravilloso avatar para usted, como solitaria demostración de la infinita bondad de Dios para con sus Elegidos. Eso, en cierta forma, tiene algo de reconfortante en el sentido de que si bien Dios puede no existir para algunos o muchos, definitivamente existe, vive y colea para seres benditos como usted.

Un creyente muy amigo mío, que me acompañó generosamente en las primeras horas después de conocerse la desgracia, me aseguró que el plan del Señor está más allá de nuestra escasa comprensión humana y que Elsa, en estos precisos instantes en que le escribo esto, debe estar gozando de la placentera inmortalidad del espíritu. Esa es una buena noticia, sin duda. No muy verificable, es verdad, y mi amigo —como los periodistas— guarda sus fuentes de información en secreto. Pero como diría el filósofo Pascal, ¿por qué no apostar a que es verdad?

Pero usted, Elegido del Señor y por lo tanto un hombre bueno y comprensivo, tendrá la tolerancia de entender y posiblemente hasta de justificar que yo hubiera preferido que Elsa, como usted, fuese una Elegida y que también perdiera el avión, en vez de convertirse en un montón de carne chamuscada. Me atrevo a blasfemar: no me hubiera molestado que se postergara su goce de la siguiente vida, para, en mi egoísmo, tenerla unos años más en esta. Son pensamientos bajos, me imagino, rayanos en la herejía.

En definitiva, respetado señor, quisiera pedirle una intermediación. Aprovechando de sus excelentes relaciones con Dios, ¿no podría usted preguntarle, en uno de los sublimes diálogos que indudablemente sostienen, qué fue del espíritu de mi Elsa? ¿Goza realmente allí donde esté?

Sería un consuelo saberlo y no les costaría nada, ni a usted ni a Dios, soltar esa mínima información.

Agradeciéndole el favor que le merezcan estas líneas y felicitándolo por su alto cargo como Elegido del Señor,
le saluda

Francisco Pereda,
DNI 07789268

ARMAGEDÓN EN LA INTERNET

Una vez, y solo una, encontré en mi vida a una persona que había realizado todas sus fantasías y cumplido todos sus deseos. Fue en un asilo mental. Visitando a un viejo amigo, este —deslumbrado— me la había presentado.

—Mucho gusto —me dijo ella, extendiéndome una mano pequeña, blanca y firme—. Me llamo Isabel.

El deslumbramiento era explicable: su blancura entre pálida y olivácea, mediterránea, cremosa y mate, recordaba a una perla. La cara ovalada, enmarcada por un cabello negroazulado, invitaba a concentrarse, primero, en unos ojos verde oscuro y luego en unos labios gruesos, ligeramente pintados de un rosado muy tenue. Pero tras mirarla a los ojos, su boca daba esa impresión de maquillaje indiferente, casi despectivo, con el que se le dice al mundo —o el mundo cree escuchar— que, en fin, hay que pintarse. La sonrisa que me brindó, sin embargo, era sensualmente afectuosa; una sonrisa que hablaba su propio idioma, y la impresión general era que tenías al frente a dos mujeres: una cotidiana, decidida, profesional y distante, al estilo de una azafata de línea aérea; la otra como uno se imagina a una huri, incitante en su retorcido y mentiroso recato. La primera, concentrada en sus ojos, prometía decisiones tajantes y utilitarias; la segunda, juguetones placeres y muy serias frivolidades. La combinación era perturbadora y te sometía a la inquietante pregunta de si eras un hombre capaz de abarcar a ambas.

Mi primera idea, al verla y al escuchar su voz —fuerte, casi dura en las afirmaciones; dulce y dubitativa en las preguntas— fue: «¡Qué mala suerte encontrar a una mujer así en un lugar como éste». La idea murió pronto: la reemplazó, cuando profundizamos nuestras conversaciones, una sensación de alivio precisamente por haberla encontrado allí. Afuera, normal entre normales, no sé hasta qué punto hubiera sido dañina. Aún en el sanatorio, llegué a pensar y lo reafirmo, habrían debido aislarla. Mi ansiedad me ha conducido a adelantar-

me. No puedo impedir que me sacuda el temblor que imagino típico de una sesión de exorcismo.

El sanatorio era un lugar tranquilo y agradable, muy diferente al deprimente sanatorio habitual. El amigo al que visitaba estaba allí para reponerse de otra institución, en la que había combatido su adicción al alcohol; esto de usar un sanatorio para curarse de otro nos provocó obvias sonrisas. Mi amigo inmediatamente notó el impacto que Isabel me causaba; me advirtió, cuando nuevamente estuvimos solos, que era una persona «peligrosa». Le pregunté por qué le parecía tal cosa y él, sonriendo para disculparse de hablar tonterías, respondió que era una bruja. Nos reímos, hombres occidentales del siglo veintiuno que han leído libros y visto películas. Recuerdo haber exclamado que eso era maravilloso. Y entonces mi amigo agregó:

—Isabel afirma haber nacido en Karakorum, durante el exilio mongol de sus padres, en el siglo trece después de Cristo; sospecha que ése es sólo el último de muchos nacimientos. Dice que es el que recuerda.

«Bueno», comenté ante tal información, «será mi primera bruja» y que yo, tras haber leído a tantos autores y visto decenas de películas sobre el tema —terroríficas o humorísticas— merecía encontrarme por una vez *dentro* de la literatura.

—No lo tomes tan a la ligera —respondió, aunque sin perder su sonrisa.

Cuando mi amigo, dos semanas después, abandonó el sanatorio, Isabel y yo ya éramos amigos y continué yendo a verla. «Estoy aquí para siempre», dijo sin tristeza: después supe por qué «siempre» era, para ella, un término sin sentido.

La única otra persona que la visitaba era o decía ser el hermano, muy mayor, que la había recluido: un hombre canoso, de piel oscura y actitudes frías pero corteses, que en nada se parecía a Isabel. La saludaba con un beso en la frente; hablaban poco y nunca en privado. Preguntaba por su bienestar y ella respondía formalmente que estaba bien. Él sólo mostró un tono inusualmente preocupado en una oportunidad, cuando le preguntó si tenía problemas (todo esto delante de mí). Ella, indiferente, le aseguró que ninguno y él retornó a su propia

indiferencia. Pero se volvió hacia mí y, con una sonrisa evidentemente forzada, trató de explicarme que su hermana era una persona buenísima. «Estoy seguro de que así es», respondí.

—Es que usted no sabe cuán buena.

Murmuré algo.

—Tan buena que asusta a algunos —añadió—. La bondad extrema, se dice por ahí, se parece terriblemente a una maldad extrema.

Esto me pareció curioso. Sólo dije que Isabel no me asustaba. Ella emitió una carcajada que sólo puedo describir como cristalina. El hermano también sonrió. «La respuesta de siempre», dijo mostrando unos dientes amarillentos e irregulares. Recuerdo haber pensado que le convendría un buen dentista.

—¿De siempre?

No respondió. Se despidió de ella besando su frente y me estrechó la mano con un «cuídense» que me pareció la despedida habitual en estos tiempos. Había muchas preguntas que yo quería hacerle, pero no delante de ella. Por ejemplo y para comenzar, por qué una persona tan simpática, hasta dulce, tenía que estar recluida (y de por vida) por una simple e inocente chifladura; afuera hay millones de excéntricos, con teorías, opiniones y acciones tanto o más irrazonables y hasta antipáticas. Fue imposible; el extraño hermano y yo nunca estuvimos solos. Días después, con más confianza entre nosotros y seguro de que la pregunta no la incomodaría, se lo pregunté a ella.

—Dicen que soy mala, que hago daño —respondió, y la sonrisa de sus labios contrastaba con la frialdad de su mirada—. No me molesta. No tiene sentido molestarse con la Oscuridad y sus emisarios o víctimas: hacen lo que les corresponde.

—¿Quiénes lo dicen?

—Todos: mi hermano, la gente que he ido conociendo, los amantes que he tenido, mis súbditos...

—¿Súbditos?

—¿No te dije que desciendo del Santo Grial?

—Espera. Espera un momento. Ya me perdiste. ¿Estamos en la corte del Rey Arturo?

Isabel sonrió, condescendiente.

—El Santo Grial no es, como se creía, un cáliz u otro objeto sino una deformación de las palabras francesas «sang réal». Ya no es un secreto desde que lo revelara, en la década de 1990, el historiador místico Peter Berling. Yo desciendo de la estirpe del rey David a través de Jesús y su compañera María de Magdala, de Mahoma, y de los príncipes cátaros Roç y Yeza, mis padres. Y antes de David, de profetas olvidados como Zoroastro. Mucho, mucho antes, desciendo de aquellos que hubieron de refugiarse en las profundidades. La misión del «Santo Grial», de la sangre real, es unificar a la humanidad e instaurar el reino de la paz: lo llamamos el «gran proyecto».

—Un proyecto muy largo.

—Muy largo, sí, y recurrentemente fracasado... hasta hoy. Ahora, finalmente, con el nuevo milenio (algunos hablan de la era de Acuario; las etiquetas no importan) todas las condiciones coinciden: el nombre que le dan ahora es «globalización».

—¿Y todos somos, entonces, tus súbditos?

—Sí. El Gran Programador y unos cuantos Elegidos lo saben. Y ahora tú estás entre los Elegidos.

—¿Eso es bueno o malo?

Otra carcajada de la boca y otra mirada helada.

—Y tu hermano, ¿quién o qué es?

—Uno de los Inquisidores.

—¿Inquisidores?

—La Oscuridad tiene muchos nombres y soldados.

—Eso significa que tu hermano...

—Prefiero no hablar de eso. Digamos que cumple con la misión que la Oscuridad le ha encargado. La Oscuridad considera que la humanidad no merece ser salvada. Que, en verdad, fue desde el comienzo un error o una malevolencia.

Como dije, este diálogo se produjo cuando ya llevábamos varios días de conversaciones, al principio más bien superficiales, sobre nuestras vidas —la de una niña extraña e introvertida, la de un niño extrovertido y ambicioso— y sobre el mundo. Para ella, la «vida» no sólo era una ilusión sino que además era una ilusión imperfecta, absurda y peligrosa. Para mí, un campo inmenso pero real y conquistable. En

su adolescencia, Isabel, tras las excursiones habituales entre personas como ella por las tentadoras vías de los budismos, había decidido que la verdad —si la había— tenía que estar más allá, por debajo o por detrás de esos incompletos ensayos orientales. Pero ambos nos reencontrábamos ahora en lo «occidental»: el judeo-islamo-cristianismo y la tecnología. Ella había privilegiado un camino de retorno espiritual, y yo la cotidianidad y con ella, la más occidental de las ideas: la de la conquista y subordinación del mundo. Con Isabel descubrí esa otra ruta. La describió así:

—Zambullirse en el pasado y encontrarse a sí mismo para extraer el futuro.

Intento reproducir algo de su explicación, a la vez confusa, seductora y alienada:

—Hay una rama del budismo que propone la superación de todo deseo por medio de su satisfacción —dijo—. Fue un instrumento útil para mí. He realizado todas mis fantasías y satisfecho todos mis deseos antes de perder toda fantasía y todo deseo. Como aquel adepto nuestro dentro del cristianismo, el llamado San Agustín: relee sus *Confesiones* con los nuevos ojos que ahora posees. Y a Dostoyevski. Y a Nietzsche. Y a muchos otros, partícipes y agentes del «gran proyecto». Y ese gran proyecto consiste en utilizar a las religiones (las occidentales: judaísmo, cristianismo, islamismo; las orientales: hinduismo, budismo, shinto) manejando las nuevas herramientas que ahora están a nuestra disposición, como la Internet. Al fin la era de Acuario tiene los medios unificadores de que carecía: el Gran Programador ha dicho que es la hora de la batalla final del perpetuo Armagedón.

Yo la escuchaba oscilando entre el horror, la compasión y la tentación de dejarme arrastrar a su locura. Ahora sé que me estaba enamorando de Isabel, aunque mi razón se resistía con garras y dientes a ser arrastrada a esa vorágine. Mi mundo era el de la realidad: agente en la Bolsa de Lima («yupi con Proust», me llamaba Isabel), acceso a la web, negocios violentos y rápidos acompañados por diversiones violentas y rápidas; el de ella era el de otra clase de globalización, una que había estado con nosotros, me decía, desde hacía milenios, trabajando en el inconsciente individual pero también colectivamente en

el espacio y en el tiempo. Sus soldados —los *haschishin*, o «asesinos» del Viejo de la Montaña, los *fida'i* del Islam ismaelita, los apóstoles del Kristos (menos Saulo, el de Tarso y Damasco, que era un Oscuro) y los Templarios, masacrados, como los cátaros, los nestorianos y tantos otros por la Iglesia de Roma, los treintiséis Justos de los judíos, ciertos chaskis del Tahuantinsuyo (que transportaban algo más que noticias y estadísticas)— eran las tropas de Mazda, de la Luz, que combatían por todo el planeta contra los Oscuros.

—¡Y ahora —agregó, triunfante— por primera vez, gracias a las redes mundiales de la informática y a las conexiones satelitales, tenemos acceso, por un lado, a todos los rincones y, por el otro, al corazón mismo del Dominio del Mal!

—¿Y dónde está ese corazón? —pregunté.

—No dónde, sino cuándo —respondió—. Armagedón, el gran combate, no está en el espacio sino en el tiempo. Armagedón se combate en el tiempo.

—¿Cómo?

—La Oscuridad es el tiempo; el tiempo como manifestación del Mal. Una derivación de lo luminoso, que nació y vivió un nanosegundo sin sombra; el tiempo es una atribución del espacio, que nació puro, es decir intemporal, y fue desafiado por una dimensión nueva: lo que la física denomina tiempo y las religiones Satanás. Luzbel era la «bella luz» hasta que, harto del error divino, se lanzó a su rebeldía correctora. La Oscuridad es la sombra, por lo demás inevitable, que proyecta la Luz y que, como, ésta, adquirió autoconciencia. Más cómodo era antropomorfizarla y llamarla «diablo». Pero ahora existen la nueva física y las comunicaciones totales: ya no necesitamos parábolas. Hemos llegado a la madurez y tenemos las herramientas. Los libros sagrados —las Biblias (judía y cristiana), las Gathas y el Avesta, los Evangelios Apócrifos de la gnosis, el Quran, el Canon Pali del Buda y la Tripitaka, el Popol Vuh y todos los demás— eran hermosas parábolas con las que la Luz nos fue preparando para el «gran proyecto». Nosotros apostamos a que Satanás está equivocado y que la humanidad, la Creación entera, son rescatables.

Me sería imposible reproducir todas nuestras conversaciones, no porque no las recuerde en su totalidad —tengo excelente memo-

ria— sino porque serían tediosas y repetitivas para el no iniciado. Eran historias de personas y de viajes, de supervivencias y crímenes.

—¿Cómo es eso de todas las fantasías realizadas y todos los deseos satisfechos?

Esta vez hasta sus ojos participaron de una pícara sonrisa:

—En ocho siglos se puede hacer muchas cosas ¿no crees? Pero además he contado y cuento con la ayuda de mis padres.

—¿También viven?

—Ningún luminoso deja de vivir. También viven Abraham, cuya supuesta tumba veneran en vano judíos y musulmanes, Jesús —para evadir la persecución le provocaron con una pócima, que dijeron era vinagre, una catalepsia o falsa muerte en la cruz—, Siddharta el Buda, Spinoza, Einstein...

—El cerebro de Einstein se conserva en una universidad, creo que la de Princeton.

—Bernardo, Bernardo... Me hablas de átomos y moléculas ¡y yo te hablo de fuerzas que los dominan, transforman y reproducen! ¿Por qué tantas religiones te hablan de la resurrección de toda carne a sabiendas de que los cadáveres se pudren y desaparecen? Todo tiene una copia en el Gran Archivo. Y todos esos amigos y muchos más viven, se comunican entre sí y ejercen su influencia; son nuestros asesores y tropas de reserva. Así como hay un genoma humano, hay un genoma universal o gran archivo que Jung denominó «inconsciente colectivo». Por ahora sólo nosotros los luminosos somos la parte autoconsciente de ese archivo.

Y sus viajes: Roma, Grecia, Galia, Palestina, Persia, los territorios del único imperio nómade de la historia, el de los mongoles, Catay y, por supuesto, lo que ahora llamamos India. Pero también por Africa —sobre todo el Sahara, que alguna vez contuvo un mar y dio lugar al imperio fenicio de Cartago— y la futura América en los recios pero esbeltos barcos vikingos.

—Ah, Bernardo —me decía, con los labios dulces y la mirada hierática—, ningún lugar, ningún comportamiento, ningún dolor o placer me es ajeno. Guerrera con los hititas (a quienes enseñé el uso del hierro), diosa para los tutsis, esclava en Baltimore, prostituta sa-

grada entre los adoradores de Baal, no tan sagrada en Marsella, ñusta en Machu Picchu, tú nóbralo: estuve allí y lo fui todo. Borges no llegó a saber que yo, Isabel Trencavel, soy el aleph.

—¿Trencavel?

—Mi apellido cátar, del Languedoc. Mis padres descienden de Perceval o Parsifal, nuestro gran héroe. Fuimos víctimas de una cruzada de cristianos contra cristianos, de la Oscuridad de la prepotente Roma, esa nueva Babilonia. El tiempo combate en el espacio para destruir la luz. Hemos sufrido terribles derrotas, como en la bravía Atlántida, en Creta —imperio femenino dedicado al amor y a las artes— y en la dulce Avalon de los Pictos, la actual Inglaterra. Los huaris eran regidos por gente nuestra: los quechuas los destruyeron; los cultos mayas sucumbieron ante los demoníacos aztecas que, como Roma, exclamaron su versión de *delenda est Cartago*. Tampoco quisieron dejar rastros, pero el Popol Vuh y los templos escondidos permanecieron y los sacerdotes huyeron a tiempo al Asia Central. Qué historia, ¿verdad?

—Increíble.

—No estás obligado a creerla; casi nadie lo hace. Y cuando lo creen, la Oscuridad a menudo transforma la Gran Verdad en locura de grupitos chiflados o estafadores. O los luminosos somos encerrados en sanatorios mentales. Algunos se suicidan, otros simulan «volver a la razón» —es decir, a la mentira— pero algunos continuamos este combate de la eternidad contra el tiempo.

—¿Y cómo va a terminar todo esto?

—¿Quién sabe? Las fuerzas son parejas. A veces dudamos, no creas. Como preguntan ciertos gnósticos, ¿quién sabe si Dios no es una falsificación?

—¿Y Dios qué pito toca?

—Te perdono la vulgaridad porque es tu mecanismo de defensa: tal como los individuos neuróticos defienden su mal, el colectivo defiende su oscuridad. Si tenemos razón, y tenemos que tenerla, Dios es el Gran Programador.

—Entonces, ¿por qué no nos ha programado para ganar? ¿Y para qué esta absurda y sangrienta lucha en una Creación que pudo ser perfecta?

—La Oscuridad es el gran virus.

—Los virus se fabrican.

—Sí, hay un Gran Hacker.

—¿Y quién creó al programador y al hacker?

—Ése es el misterio final, que sólo sabremos, para bien o para mal, cuando se decida Armageddón.

—El Dios de Dios. El Rey de Reyes.

Se encogió de hombros.

—Ni idea. Einstein sigue diciendo que Dios no juega a los dados, pero ahora añade, sonriendo, «si hay tal cosa y si hay dados».

—Tal como yo lo veo, nosotros somos los dados.

—No, todos los dados son iguales. Nosotros somos piezas de ajedrez. Sólo que ahora, en el tercer milenio, vamos a jugar en un tablero universal, y vamos a conocer el juego.

Por supuesto, nunca llegué a creer en lo que decía Isabel, registrada en el sanatorio no como Trencavel sino con el apellido Valmel. Pero desde que la conozco vivo amándola, aterrado, preguntándome: *¿Y si fuera cierto?* La alternativa es que se trata de una loquita. Una loquita que, como me insinuó ayer con suficiente claridad, sólo podrá amarme si ingreso con plena consciencia al ejército de la luz.

Por eso y para horror de familiares, amigos y colegas, vivo aquí, con ella y con la computadora con la que continúo mi trabajo en la Bolsa y navego, con Isabel, por las zonas más demoníacas de la Internet.

EL SEGUNDO CEREBRO DE MARGARITA

Los amores terminan, pues, me comentó Margarita con su «pues» tan limeño.

—La cuestión es cómo.

—Y digerir las ruinas, a ver qué se puede salvar y seguir viviendo. Pero eso ya es asunto tuyo.

¿Hablabas ella o su conjuntito de átomos artificiales?

Esto ocurrió hace un par de semanas y me envió a la angustia y a los recuerdos.

Siguen intentándolo «tradicionalmente» con el sida, el ebola, los cánceres. Lo lograron, un poco, con el Alzheimer, el Parkinson, la esclerosis múltiple y la neuropatía desmielinizante. *Good for them*, como dice el Dr. Witowski. *Y ahora se viene la nanomedicina. Pronto llegaremos al noventa por ciento, ya verán. En gran parte gracias a «nuestra» Margarita.* Todavía es más larga la lista de las enfermedades que falta eliminar o reducir al mínimo. Para no hablar de las más novedosas, sobre todo las que brotan de las selvas y/o de los laboratorios «un poco secretos» de guerra bacteriológica.

Siguen hurgando en los genes con y sin la nanomedicina, la novedad del momento.

«Nano», para resumir y vulgarizar, es lo recontrachiquito.

Yo sigo hurgando en mí, tratando de descubrir qué clase de hombre soy realmente. Uno se puede pasar la vida entera sin saberlo. Pronto no podré soslayar el tema.

Y ahora han salido las primeras nanocomputadoras. La que insertaron en el cerebro de Margarita, me dicen, es del tamaño de unas cien neuronas pegaditas.

Dicen también que funciona okey: recibe y da órdenes, guarda programas, es *compatible*. Supongo que se refieren a compatibilidad con las neuronas originales.

Margarita se sigue muriendo.

Yo diría que ahora hay *dos* Margaritas muriéndose, pero me aseguran que esa es una tontería.

—Soy un campo de batalla—, decía Margarita en sus episodios de lucidez.

—De experimentación.

—Como quieras. No me quejo: lo autoricé. Lo autorizamos. Una esquizofrenia mecánica.

Se ríe. ¡Se ríe!

—Un implante— digo. No sé si sonrío.

—¡Silicona virtual! ¡Lóbulos-tetas! ¡Culo neurológico!

También ese humor morirá. Sus risas y sus acideces psicológicas, su melancolía tan atractiva, su nariz respingada, sus violentos orgasmos, sus opiniones sensatas y sus opiniones descabelladas. Vallejo llamó a todo esto «La Violencia de las Horas», creo: me falta la energía para levantarme, ir hasta la biblioteca y consultar. La deliciosa tentación del «qué importa».

—¿Por qué tanto teatro?— pregunta, me imagino que a mí. —¿Acaso todos ustedes, el resto, son inmortales?

—La nanocomputadora ya debe estarte reconfigurando.

—Mmmm. O yo a ella, ¿no crees?

Buena pregunta, si lo es. ¿Quién ganará? ¿Quién o qué reconfigura, modifica, cura o enferma a quién? El Dr. Witowski insiste en que las instrucciones ingresadas a la nanocomputadora —él la llama nanoordenador porque aprendió español en Barcelona— son claras e inmodificables. Hoy más que nunca la tecnología revuelve *mis* torpes, orgánicas neuronas. No necesito implantes para perder el tren del desarrollo.

El Dr. Witowski me palmea el hombro y sonrío a Margarita.

—Tengan confianza.

¿Por qué no tenerla?

Olvidemos las grandes fallas, los descomunales errores, las insignes metidas de pata en la historia de la medicina —en la historia de *todo*— y concentrémonos en, por ejemplo, la eliminación de la viruela. O en la ingeniería genética, en los sujetos que desde hace un mes coleccionan rocas en Marte o en la nanocomputación. ¿No es una maravilla? ¡Una computadora más chiquita que una familia de virus si incluimos tíos y primos en tercer grado! ¿Por qué no tener confianza

en que esta apoteosis del saber humano, de la técnica humana, sea capaz de ejercer una especie de Kommandantura no sólo sobre el cerebro —eso ya lo hacían las religiones, el fútbol y los rockeros— sino sobre las disfunciones de todo el organismo? No es sino la versión tercer milenio de «mind over matter», mente sobre materia, de los yogas pero ahora con mejores herramientas. *Materia electrónica sobre materia orgánica*. ¿O estamos ante una larga cadena de locos que culminan en el Dr. Witowski?

—Te cuento— dice Margarita. —Lo que estoy comenzando a sentir no es la remisión de los dolores de nuca, que parece haberse detenido, ni del desconcierto o de la falla de la visión, ni de la depresión sino... Todo eso está volviendo.

—¿Sino?

—Percibo quejas.

—¿Quejas? ¿De quién?

Margarita no se ríe, pero dibuja una sonrisa débil, incrédula, quizás amarga.

—De mi otro yo. No del que todos llevamos dentro, de fábrica, sino de mi verdadero *otro*. *Mi otro yo Microsoft*. Witowski dice que eso es imposible. Una ilusión. Una *estructura psicológica*. Mía.

—Y tú crees que es la nano.

—Sí. Creo que mis neuronas patológicas están reprogramando a mi nano.

Puede tener razón y puede tenerla Witowski. Margarita sabe que tiene un cerebritito en su cerebro. No hay forma de saber qué reacciones psicológicas puede provocar eso. Resistencia. Rebeldía. Angustia. Si las neurosis se defienden, ¿por qué no podrían defenderse, como siempre se ha sabido o intuido, otras o todas las enfermedades? ¿Adquieren o poseen vida propia? *¿Estamos descubriendo que las enfermedades son seres vivos? ¿Entes satánicos con instinto de conservación y no meras disfunciones o invasiones que quizás sólo sean desencadenantes, quizás sólo parteras de tales monstruos?* El Mal como óvulo que bacterias o virus sólo fecundan... Un absurdo atractivo. Una poética paranoia.

—¿Qué más sientes?

—¿Además de lo que llamo quejas? Dolor. Ansiedad. Terror. Pero no los míos. Como si ese otro se estuviera contagiando. Y *devolviendo*.

Pregunté a Witowski.

Su mirada, tras el escritorio, se fijó en alguna lejanía.

—Trato de ser honesto y sincero— respondió tras una pausa.

—No tengo armas suficientes para descartar nada. Sin embargo, nuestros experimentos demostraron que....

Su voz se fue perdiendo no sé por dónde.

—¿Que la electrónica aún ahora no toma iniciativas? En algún momento tenía que ocurrir.

—¿Me está hablando de instinto de conservación?

—Exactamente. ¿Qué hace una computadora tradicional ante un problema que no puede resolver? Se «cuelga», se «congela», pide a chirpidos un técnico. Pero esa computadora no está integrada a un circuito orgánico. No tiene mamá. La nano, en cambio....

Witowski me miró con cara de «hay más cosas entre cielo y tierra...».

—La nano— proseguí— es ahora parte de un organismo vivo, como el cerebro original. Se integra o muere. O es Margarita o se congela. Para vivir, para *funcionar* tal como fue programada, tiene que asumirse como parte de Margarita. Si no lo hace, *enloquece*. Para una computadora no poder ejecutar aquello para lo que fue creada es la locura y la locura para ella es la muerte. Lo peor de todo es que está asumiendo la enfermedad, la fuerza diabólica de las neuronas desquiciadas.

Durante todo este, digamos, especulativo discurso, había otro discurriendo por debajo como una de esas corrientes submarinas que, si nos descuidamos, nos arrastra hacia las profundidades. Llámemoslo miedo. Ella lo había dicho:

—Los amores terminan, pues.

Y yo había respondido:

—La cuestión es cómo.

Había tomado con aparente tranquilidad mi decisión. Naturalmente trato de engañarme.

—El apoyo de los seres queridos es fundamental— había dicho, muy al comienzo e innecesariamente, el Dr. Witowski.

—¿Pero no me dice que no hay curación?

—No hay enfermedad cien por ciento irreversible. Hábleme, si quiere, de un 99.99999999999999 por ciento. Los religiosos manejan el concepto de milagro. El nombre no importa, pero lo acepto. Si revisa la literatura médica.... Además...

—¿Además?

—Hay el concepto de la caridad, de la solidaridad, del amor.

Asentí vigorosamente, con más energía de la necesaria. Ya me había visitado y se había instalado incómodamente en mí el otro concepto, el de años de horror compartido, de silenciosa negrura, de clausura de mi propia vida en aras de una noble e insoportable esclavitud. *Hasta que la muerte nos (re)una*. Previa muerte encadenado a una muerta. A una inexistencia. A una sucesión de dolores, quejas, gritos, llantos, silencios vacíos. Mi muerte prematura.

—Sería injusto— había dicho la propia Margarita hace unos meses, incitándome a dejarla a tiempo. ¿A tiempo para qué?

Curioso. Injusto. ¿Funciona así? ¿El mismo hecho, justo para uno, injusto para otro? ¿Adónde nos lleva eso? Al cinismo o a la amoralidad de las computadoras. Pero está visto: somos computadoras orgánicas, tan amorales como cualquier IBM, Toshiba o Hewlett Packard.

No, no es verdad. Podemos optar por autoincriminarnos, nos han programado para sacrificarnos, para ser injustos con nosotros mismos en aras de abstracciones como el amor, Dios, la Patria, la fraternidad. ¡Pobre nanocomputadora, pobre Margarita Dos! Ha entrado en pánico y no maneja tales abstracciones. Sólo quiere sobrevivir, sólo quiere funcionar. Prefiere suicidarse, ya que morirá —como un virus cualquiera— con Margarita Uno aunque quizás «piense» que puede ser rescatada en la autopsia y devuelta al mercado para seguir alegremente copiando enérgicas enfermedades. *Copiar y pegar*.

—Sálvate— me dijo más de una vez Margarita. La generosidad de los moribundos, la más cruel. ¿O era la generosidad de la nano?

Pero, ¿qué saben moribundos o computadoras de lo que es salvarse? ¿Qué saben de terrores, salvo del más pedestre? *Dejar de funcionar*, el nuevo nombre de la muerte.

¿Y cuál es *mi* vía para seguir funcionando? ¿Con o sin Margarita y su cerebro doblemente invadido? ¿A qué tengo derecho?, le pregun-

taría pero no le pregunto al Dr. Witowski. Como cualquier psicoanalista, me repreguntaría *¿Usted qué cree?*

¿Yo? Yo no creo nada. El terror ciega. La huída sonríe coqueta desde la puerta y extiende la mano, curvando y descurvando el índice.

Ven conmigo, dice, relamiéndose. Me promete un orgasmo mortal.

Voy tras ella, Margarita. Perdóname.

Pronto olvidarás todo. Así que...

AMBOS ESPERABAN

Ambos esperaban. Se habían sentado, cuando aún era oscura madrugada, en el sofá dirigido hacia la ancha puerta-ventana.

Se sentían protegidos.

No lo estaban, y lo sabían.

Pero pensaban que podrían verlo o escucharlo antes y eso era percibido como una pequeña victoria.

Ni él ni ella recordaban con exactitud cuándo habían sentido, más que sabido, que algo se aproximaba.

Primero había sido una intuición que se fue convirtiendo en sospecha. Al paso de los días o semanas, esta sospecha se había transformado en certeza, quizás en obsesión.

Por alguna razón o sinrazón como «hoy vendrá» se dirigieron en esta madrugada desde su insomnio compartido al gran sofá que era gris durante el día y que desaparecía en la negrura de la madrugada. Les habría parecido una blasfemia o un escarnio encender luces.

Recordaban un pasado de haberse amado y odiado en violenta alternancia. Eso era importante aún, pero se ahogaba en la angustia que había estado creciendo durante los últimos tiempos. Una sombra, eso es lo que crecía en su lugar y si todavía hablasen más allá de lo indispensable hubieran añadido irresponsablemente «en el horizonte». Por eso estaban sentados en el gran sofá mirando en esa dirección, esperando. Algo en ellos aún creía que venía de algún dónde diferente; ¿y acaso lo que viene de otro dónde no aparece primero en el horizonte?

Pero quizás no se aproximaba desde otro dónde sino desde otro cuándo. Ni siquiera osaban reflexionar sobre el qué.

El silencio pesaba. Lo sentían como un silencio universal, aunque quizás sólo fuera que les había asaltado una sordera universal. Les bastaba con la idea, quizás errónea, de que, al llegar, traería un sonido propio que llenaría todas las oquedades, todos los silencios. Y luces: traería luces nuevas, pero esto probablemente no era sino otra esperanza nacida del terror.

¿Olores? Habían reprimido su recuerdo. ¿Tacto? Desde que dejaron de tocarse, nada podía tocarse.

Lo que apareció en el horizonte fueron, sí, luces. ¿Sintieron alivio o decepción al descubrir que era el habitual anuncio del sol? Ambos, hay que suponer. Alivio porque decía «un día más». Decepción porque decía «un día más».

Pero con ese sol frío y sin emociones resurgió la callada pregunta «¿qué?». Ni siquiera «¿por qué?» y menos aún «¿para qué?». Ese tipo de inquietudes había muerto hacía tiempo. Su única certeza restante era que ya estaba muy cerca. Y que era muy grande. Definitivamente grande.

Dicen que uno se acostumbra a todo. Naturalmente eso no es verdad.

De pronto, ella dice o pregunta:

—Café.

Se levanta, sale y él escucha (roto el silencio sólo para eso) ruiditos de cocina.

Al cabo, olores: sobre una bandeja, dos tazones humeantes. Él coge uno, casi se quema la mano (¡sensaciones!) e intenta sorber un traguito. ¡Lo logra!

Voltea a mirarla, porque no había dejado de otear el horizonte.

Esa mirada pregunta si no todo está perdido.

Ella sonríe tristemente. Niega con la cabeza. En realidad, también él sabe que su pregunta era absurda porque el peso de lo que viene puede ser engañado por momentos pero nada más. El peso y el tamaño y su ausencia de color.

Entretanto el sol ha aparecido a espaldas del edificio e ilumina los techos sucios, las desesperadas gaviotas y, hacia el oeste, el mar demasiado brillante. Como es lógico, hoy todo resulta excesivo.

Hasta la breve, informal esperanza despertada por el café.

Algunas veces especulaban, al principio de lo que sin mayor vergüenza llamaron «el proceso». Después de todo, entonces sólo era una sensación —sorprendente más que ominosa— y parecía dejarse analizar. En resumen: una sensación sorprendente cada vez más ominosa. El fin del mundo ¿es una suma de fines del mundo?

—Claro que sí— aseguró él.

—¿No un suceso único, universal, igual para todos?

Él había estallado en carcajadas.

—La última derrota de la democracia.

Pero no sabían. Nunca se ofreció detalles. Dejaron de pedirlos. Después de todo, ¿qué importaba? El fin de uno siempre es el fin de todos.

—Ególatra— murmuró ella, sonriendo. Y también:

—No piensas en ellos. En los otros. En las futuras generaciones. En el ecosistema.

—A la mierda con los equilibrios. El ecosistema sólo sirvió para facilitar que todos asesinen y devoren para vivir. ¡Qué linda que era la naturaleza! ¡Qué bondad la de la creación divina y/o evolutiva! ¡Manga de cabrones, el ecosistema y sus subproductos! Dios inventó el capitalismo natural.

Todas esas conversaciones fueron muy amenas y produjeron no pocas risas.

Pero ahora, en esta mañana a pleno sol, ya no había tiempo o ganas para divertirse, reflexionar o sufrir. Llorar parecía mezquino. Hay cosas tan definitivas que parecen ordenarse más allá —o más acá— de algo tan personal como el llanto. Las pérdidas habituales, pensaban, esas que te pueden hacer llorar, siempre dejan un resto intocado, grande o pequeño, del universo.

—Esa es la injusticia que te autoriza a llorar —dijo entonces ella.— Pero cuando se aproxima algo como esto...

Él se limitó a asentir sin palabras. Las palabras eran cada vez más ridículas. Todas. También ella terminó por comprenderlo y había callado hasta que dijo/preguntó: «Café».

¡Y esa sola palabra trajo consigo las sensaciones, el tacto, el olfato y casi todo lo demás! Era increíble, como suele serlo la verdad.

Ah, y qué lentos eran en esta mañana los procesos mentales de ambos. Y eso lo sentían como una preparación para lo que estaba por llegar. Como cuando, a punto de morir un ser humano, su mente angustiada y desesperada por la proximidad del fin comienza a inventar túneles con una luz al final o visiones de cualquier tipo de

segunda o centésima vida. La falta de resignación nunca es elegante. La resignación tampoco.

El reflejo del sol en el mar hería.

Ella habló por última vez:

—Viene.

Y él respondió, también por última vez:

—Sí, hay demasiada luz.

Y se inmovilizaron, cada vez más enceguecidos por ese hermoso brillo azul, hasta que los envolvió la oscuridad.

Pero sus ojos seguían, fijos e inútiles, dirigidos hacia el ahora invisible horizonte. Y era mejor así: era mejor no ver lo que, efectivamente, se acercaba.

DEPRESIÓN

Fue una noche terrible.

En realidad lo preveíamos.

Mónica, echada en la cama, miraba fijamente al televisor apagado que se promovía, con inútil insistencia digital, sobre el *rack*. Para ella yo estaba y no estaba o si estaba carecía de importancia y de significado.

Echada allí, ausente, se parecía a una de esas personas con las que uno se cruza en la calle con creciente frecuencia: mirada perdida, rumbo al encierro más próximo. El término «desaparecidos» ha adquirido un significado durante este último año. La gente ya no sólo desaparece en mazmorras o en cementerios clandestinos o en traumáticas fugas del hogar sino en sus casas o en clínicas y hospitales que todavía tengan espacio disponible.

Y la gente desaparece porque quiere. O porque siente que *debe*.

Como dije, lo esperábamos. Inicialmente sólo aquellos de nosotros que, siquiera ocasionalmente leíamos informes de la Organización Mundial de la Salud y entrevistas más o menos coherentes a psiquiatras más o menos claros. Luego todo se hizo evidente no sólo para los lectores de las páginas especializadas y los conectados a la internet.

Te topabas con ellos en todas partes: era una marea que comenzaba a envolvernos.

Nos dividimos entre los deprimidos y los angustiados.

A pesar de ellos los casos personales, cercanos a nosotros como para mí lo era el de Mónica, si no nos sorprendían nos mordían con la sensación de fracaso universal que ha traído consigo la enfermedad.

—Mónica.

Un lento, costoso girar de la mirada hacia mí.

—Sí, amor.

¡Un triunfo!

Amor.

Y entonces la pregunta tantas veces formulada, tantas veces respondida:

—¿Qué puedo hacer por ti?

—Nada, amor.

Y ese refugio en la inconsciencia, ese cada vez más largo y frecuente dormir, a menudo con atroces pesadillas.

Cuando la despierto, angustiado por sus gritos y llantos, tarda en focalizar mi rostro sudoroso como el de ella. Y cuando retorna a cierta pesada lucidez, cuando termina por reconocermé, la jaqueca.

Me pregunto si algún día todas las jaquecas, todos los gritos y llantos serán uno solo, universal, y si ese es el destino de esta humanidad que se reencuentra en ese nada apoteósico, en este humillante final. Pensar en un fin del mundo ruidoso y teatral, ¿no será la expresión última de ese inflado ego que nos ha llevado a la tecnología y no quiso o no pudo —quizás afortunadamente para las criaturas que vivan más allá del sol— llevarnos a las estrellas? El fin de la especie, mientras se aprestan a heredar la tierra los tiburones y las cucarachas, ¿será esta lenta y dolorosa extinción de la voluntad de vivir que llamamos depresión?

Los médicos:

—Desbalance químico.

Un titular en el diario:

«La depresión: enfermedad del siglo 21».

—¿Y por qué hay cada vez más desbalances químicos?, —pregunta Mónica—.

Un encogimiento de hombros.

A escoger:

El stress de la vida moderna. Un castigo de Dios. La contaminación ambiental. La comida-basura. La globalización. Un nuevo virus. Un viejo virus reciclado y fortalecido por los antibióticos. La falta de valores. El bombardeo constante de ondas electromagnéticas que nos traspasan diariamente (televisión, teléfonos móviles, radio). El retorno de las brujas. El descrédito (o la proliferación) de las religiones, de las ideologías fundamentalistas, la ruptura de la continuidad filosófica y/o el florecimiento del pesimismo, del escepticismo, del cinismo. La muerte de toda tras-

endencia. El agotamiento de la especie humana en el callejón sin salida de una evolución fallida. No sabe/no opina.

—¿La cosa es tan mecánica, tan simple?, —me preguntó Mónica cuando el proceso se inició en ella—. Luego, la pregunta se repetiría cuando los sabuesos médicos y periodísticos se inquietaron por las estadísticas.

—¿Un asunto de moléculas trastornadas por motivos metafísicos?

—¿Por qué no? ¿Qué sabemos de los alcances de la energía, que no es sino materia en movimiento? La fe es un fenómeno metafísico y por lo tanto energético.

Porque el avance de la (¿enfermedad?) en cada víctima no es lineal. Hay pausas, aunque cada vez más breves. Mónica (y el policía de la esquina, el ministro de estado, el funcionario jubilado, la enfermera, el hijo adolescente de la vecina) tienen la cruel facultad de reflexionar sobre lo que les ocurre y de atisbar el abismo que se abre antes sus pies. Las ocasionales jaquecas o el hondo desaliento —de una hondura que los aún sanos no podemos comprender— van conformando un cuadro silenciosamente apocalíptico.

Cuando aún tenía momentos de humor, Mónica gozaba con la guerra entre los «químicos» y los «psíquicos», que estos últimos —propugnadores de la teoría del origen psíquico de la depresión— estaban perdiendo.

¿La siguen perdiendo?

—Pero las pildoritas también están fracasando, —decía ella—.

Quizás ambos, químicos y físicos, tengan razón. Un desbalance químico provocado por una creciente anorexia psíquica. Una psique sin material de trabajo o, contrariamente, con una sobrecarga de información. Inanición o corto circuito y bloqueo del generador. Muerte.

Depresión.

El contraste con los primeros años de nuestra relación era cada vez más preocupante. La chica «loca», que yo había conocido y amado, proclive a la risa, a la especulación inteligente y a un maravilloso abandono sexual, se transformaba ante mis ojos en un ser inerte. Apagado y —lo peor de todo— sufriente hasta la resignación. Dejó

de trabajar en sus cerámicas, dejó de gozar con la mirada de los hombres en los cafés, abandonó su afición al cine: adoraba los filmes de catástrofes, motivo de eternas tomaduras de pelo mías.

Dejaba de ser Mónica.

No le interesa siquiera que en los momentos en que anoto esto se calcula que un 14 por ciento de la población mundial ha sido declarado enfermo. Debe ser una cifra conservadora: en el llamado tercer mundo y en los sectores pobres de los países «ricos», la depresión demora en diferenciarse de la actitud habitual de la gente. La tasa de reemplazos en las capas dirigentes de la política, la economía, el deporte, la cultura, se ha acelerado: ya ni las llaman licencias médicas sino *interrupciones vegetativas*, porque los seguros de salud de casi todos los países han tirado la esponja financiera. Mónica ya no sólo tiene, además de la enfermedad, una batalla permanente con el seguro social para lograr servicios y medicinas, sino que ya no le importa. Yo he heredado esa preocupación: en el seguro se encogen de hombros y me preguntan, con la monótona frialdad de los seguros, *¿para qué?* Cada vez veo caras nuevas en el seguro y en todas partes: crecen las bajas por «interrupción vegetativa». El tránsito disminuye —¡albricias, menos contaminación y ahorro en la importación de derivados del petróleo!—, las tiendas están primero mal atendidas y después cierran. A muchos, incluyendo a los propietarios, no les importa.

Y hay que alimentarlos, a veces bañarlos, *mantenerlos vivos*. Si es que esto se llama vida.

Me lo pregunto porque yo mismo no sé cuán viva está Mónica. Respira, la alimento, abro un poco las cortinas —odia o no soporta mucha luz; ya dije que viene con migraña—, me mira y hasta logra en ocasiones trasmitirme una débil sonrisa cuando sus hastiadas neuronas aceptan un mínimo de trabajo. El pícaro brillo de sus ojos desapareció hace meses. Se descuida física y mentalmente.

—¿No quieres salir un rato?, te haría bien.

Hace un esfuerzo para fijar su mirada en mí.

—Gracias, no sé, anda tú.

A veces logro arrastrarla al Haití y, efectivamente, se anima un poco. Le cuesta sonreírme y tarda en responder a mis preguntas o comentarios. Pronto su mirada se congela nuevamente y levantarse

para volver a casa es una tarea difícil. La amo y sé que, dentro de Mónica, hay un rincón desesperado que intenta seguir amándome.

—¿Te acuerdas que alguna vez nos hicimos promesa mutua de suicidio cuando algo se nos vuelva insoportable?, —pregunta.

—La depresión se cura.

—No sé si esta. Pero, ¿sabes?, no tengo ni ánimos para suicidarme. ¿No es hasta gracioso? Tendría que esperar un momento como este, cuando me recupero un poco. Y en ese momento como que me aferro a cierta esperanza.

Efectivamente. La tasa de suicidios no ha aumentado significativamente desde que la plaga se hizo notoria. Hace medio siglo se informaba que en los campos de concentración nazis, comunistas, japoneses o «democráticos» se suicidaban pocos y no sólo porque era difícil hacerlo. Se podría pensar que las verdaderas situaciones límite inyectan alguna adrenalina psíquica a las víctimas. Pero esto, como todo en este tiempo, es pura especulación. Mónica se me va, la gente se me va, Beethoven y Hitler, Cézanne y Jack el Destripador, Manco Cápac y San Agustín se nos van todos.

¿Finalmente es este un universo no sólo transitorio e inútil, sino además de una inaguantable frivolidad?

Miro a Mónica y maldigo no estar deprimido.

Todavía.

IMPUNIDAD

Cuando Werner Schnabel volvió de la selva, había cambiado: el extrovertido, hablador, cínico periodista y cazador de nazis no solamente había adquirido una rojiza quemazón y rotundos picotazos de los zancudos sino una melancolía que nos sorprendió.

«*Was ist los?*», le pregunté desde mi escritorio vecino a su oficina en el diario. Sonrió ligeramente, reconociendo mi intento de alegrarle en alemán.

«Nada, Bernd», me respondió en castellano. Frases como esa, simples, le salían correctas.

Se dirigía a desempeñar sus poco claras tareas como asesor de la dirección. Nunca supimos sobre qué podía asesorar a un diario peruano un periodista nacido en Munich, que no dominaba el idioma local y que me dictaba una ocasional columna de ácido humor sobre la condición humana que yo obedientemente traducía. El resto del tiempo desaparecía del diario (ahora sé que investigaba, entrevistaba y preparaba su expedición) o se encerraba largas horas con el director. Cuando llegó, unos seis meses antes de partir hacia Pucallpa y de allí al interior en busca, decía, del famoso Dr. Mengele, le conocí en una recepción por el décimo aniversario del periódico, propiedad de un magnate minero. El director, un periodista y político conservador, me presentó a Werner Schnabel. Le aseguró que yo era un casi compatriota, descendiente de judíos alemanes emigrados en 1935. Pareció divertirse que mis familiares hubieran venido de Stuttgart.

«Ah», dijo Werner. «Casi compatriotas. Los Schwaben como ustedes son vecinos de los bávaros».

Desde el comienzo nos hicimos si no amigos —Werner exhibía bajo su cortesía y su humor una permanente frialdad, como si se resistiese a provocar demasiados afectos— buenos colegas e intercambiadores de bromas, generalmente de humor negro. Otros, y otras, me confirmaron esa impresión de distanciamiento que dificultaba o hacía imposible una amistad más íntima. Werner Schnabel, como

supe después, había vestido sus desilusiones con el ropaje de la reserva o el del cinismo.

Era alto, pero ligeramente encorvado. Físicamente parecía por ello tenso y tímido, como quien ha sido agredido temprano con consecuencias permanentes. Eso no le facilitó las cosas durante su extraño encuentro en la selva. Quijotesicamente delgado, rubio casi albino, con ojos de azul brillante, hubiera hecho las delicias del *Institut für Erbbiologie und Rassenhygiene*, el Instituto de Biología Hereditaria e Higiene Racial, del que el Dr. Josef Mengele, doble título de filósofo y médico, había sido destacado miembro desde los años treinta. Werner Schnabel era, sin duda, un ario nórdico no sólo más perfecto que Mengele sino que la mayoría de dirigentes, nazis incluyendo al propio Adolf Hitler. Alguna vez, en la cafetería del diario, me confió —seguramente estimulado por mi ascendencia hebrea y mi vaga simpatía por las izquierdas— que uno de los motivos de su presencia en Lima (el verdadero motivo, comencé a intuir) era el de contribuir a que viejos nazis fugados de la justicia fueran hallados. Le pregunté si él había intervenido en la espectacular captura de Adolf Eichmann en la Argentina. Secuestro, lo llamaron muchos; violación de la soberanía argentina, dijeron otros. Eichmann fue juzgado en un pequeño Nuremberg israelí, condenado a muerte, ejecutado, cremado, y sus cenizas dispersadas. Pero prácticamente todo el mundo estuvo, tenía que estar de acuerdo: Eichmann había sido el gran organizador burocrático de la matanza.

«¿Tú participaste en esa acción, Werner?», le pregunté.

«Yo trabajo solo», respondió.

Mi siguiente pregunta era inevitable, aunque sabía perfectamente que era absurdo formularla.

«Perseguir nazis es una aventura costosa. Wiesenthal desde Viena y desde los Estados Unidos, con su Centro de Documentación del Holocausto, nunca tuvo suficiente dinero pese a los millones que, dicen, fluyeron. El grupo Eichmann entiendo que fue financiado por el Mossad. ¿Y tú, Werner? ¿Eres también Mossad, o CIA, o BND, o KGB o el servicio secreto de la RDA que sabe Dios cómo se llama?». Estábamos en 1971 y Alemania, por supuesto, estaba dividida. Uno

de los más persistentes rumores lo vinculaba justamente con la República Democrática Alemana, de la cual se afirmaba haber sido más consecuente que la Alemania Federal en la purga de nacional-socialistas después de la guerra. Por lo menos no se conocían casos como, precisamente, el de Josef Mengele, a quien nadie impidió volver a Günzburg en Baviera, su pueblo natal, en 1945 y reabrir la empresa de su padre, Carl Mengele e Hijos y hasta viajar varias veces a Sudamérica. Pero por otra parte, la RDA era una sociedad cerrada: ¿cuántos pasaron de la Gestapo al Stasi y cambiaron la svástica por el martillo y el compás?

«*Ach, Bernd*», respondió a mi pregunta sobre su afiliación a algún servicio secreto, sonriente y con ese chispear de sus ojos azules que denotaba una gran diversión interior, «*das kannst du mich doch nicht fragen*».

«*Touché*», respondí cosmopolitamente. Era evidente que no podía preguntarle eso.

«Yo conoce tu próximo pregunta», añadió. «No hacer».

«¿Y cuál es?», pregunté, sonriendo a mi vez.

«Próximo pregunta: *die Rolle des Zeitungsinhabers und des Direktors*».

Claro: el papel del dueño y del director del periódico.

Brevemente me dijo que había algunos intereses comunes. Un exnazi, minero y exportador en el Perú actual, vinculado en los años 40 a una operación de falsificación de libras esterlinas y luego fugado, se había convertido en incómoda competencia para el propietario de nuestro periódico.

«*Eine Hand wäscht die andere*», rió Werner. Una mano lava a la otra. Tú me ayudas a eliminar a mi competencia, y yo te ayudo a buscar a tu pediatra. Porque los mortíferos experimentos que el Dr. Mengele realizara en Oswiecim, Polonia, que la historia prefiere registrar como Auschwitz, se centraron sobre todo en niños.

Todos creen que Mengele está en Paraguay o Brasil, me contó Werner. Todavía no se había escrito «Los Niños del Brasil», de Ira Levin, ni mucho menos rodado la película, en las que Mengele les crearía ojos azules a los niños nativos de la Amazonía, una invención que siempre me pareció, pese al talento de Levin, un poco *too much*,

como dicen los norteamericanos. «*Aber ich glaube, er ist hier in Peru*». Sí, aquí en el Perú, y golpeó levemente la mesa con la mano abierta, ratificando su convencimiento. No quiso decirme, periodista al fin, cuál era su fuente. Personalmente, y no creo cometer una infidencia, sospecho de algún miembro, alfabetizador y misionero, del Instituto Lingüístico de Verano de Yarinacocha, a 8 km de Pucallpa. Ellos tienen el conocimiento y los contactos necesarios. Nadie, ni las autoridades peruanas, sabe más sobre ese inmenso territorio verde y quiénes lo habitan. Recordé la historia de Werner Schnabel y su certeza cuando, en 1979, se reportó la muerte de un anciano que podría tener los entonces 68 años de Mengele en una prosaica muerte accidental por ahogamiento en una playa brasileña. Si he de creer en Werner Schnabel, y lo hago, ese hombre no era Mengele. Si la supuesta muerte en 1979 hubiese sido un prosaico y frustrante anticlímax, ¿cómo calificar lo que a su retorno de la selva me contó Werner? El Dr. Josef Mengele, el ángel de la muerte, como se le llamó en otra película hoy difícil de hallar, debe haber muerto ya si los chamanes o la automedicación no le han conservado en vida y salud hasta los casi noventa años en un insalubre y recóndito agujero a unas seis horas en lancha motora (*peque-peque*) del puerto de Pucallpa.

El fugitivo suele ser más interesante que el perseguidor, en la televisión y en el mundo real. Pero en cierta forma a mí me fascina Werner Schnabel más que Mengele: que un criminal se esconda es razonable, y recitar el catálogo de sus acciones me parece morboso fuera de un tribunal de justicia. Quizás esté equivocado y la humanidad necesite tal recitado en la esperanza de eliminar futuros crímenes similares. No comparto esa esperanza, y la historia universal después de 1945 me da la razón: castigo, sí. Ejemplo negativo, definitivamente no. El conflicto a que se enfrentó Werner en el departamento de Ucayali se expresa exactamente en esos términos: perdón, olvido, impunidad, justicia, cobardía, venganza.

Durante varias semanas después de su retorno, enterado ya del motivo del desgarramiento interno de Werner, escuché su fragmentado relato autobiográfico. Infancia en la Alemania nacionalsocialista (*Hitler-junge*); adolescencia en Baviera, tierra rojinegra de católicos y comunistas

que en 1919 había sido, por varias semanas, escenario del único territorio comunista en Alemania hasta 1945; en el colegio, le habían mostrado los crímenes del Tercer Reich, pero la praxis de la República Federal le pareció insuficiente; por otro lado, la rígida dictadura de Walter Ulbricht en el trozo comunista de Alemania le resultó inaceptable. Mas bien le fascinó el sionismo, siendo cristiano, porque le pareció la única respuesta concreta al holocausto. Los sentimientos de culpa alemanes, tan parecidos a los judíos, impulsaron a Werner Schnabel a contactar, desde 1949, a cuanto israelí en Alemania tuviera acceso. Alguien, en alguna parte, tomó nota. Su aspecto extremadamente ario sin duda le fue de gran ayuda para los trabajos que se le encomendaron. Hasta allí el relato de Werner en muchas sesiones en la cafetería y en otros lugares de Lima. No quiso contar ni identificar nada más.

Entiendo, además, que ni siquiera la pareja peruana que adquirió, una hermosa e inteligente criolla, supo más detalles. Ahora que ella ha muerto de una enfermedad incurable, nadie podrá insistir en arrancarle información. En realidad, tampoco creo que alguien hubiese querido hacerlo, tal como terminaron las cosas. Las frustraciones —fracaso no es la palabra precisa—no hacen noticia, ni para los periodistas ni para los historiadores.

Sobre la expedición y su resultado, Werner me contó lo siguiente, en un amasijo de oraciones alemanas salpicadas de palabras, sobre todo interjecciones, en castellano:

Había seguido la ruta que alguien le sugirió, partiendo de Pucallpa, Ucayali arriba, hacia la confluencia de este río con el Marañón. Tras seis horas y media arribaron a un pequeño, no muy visible, embarcadero. Desde allí, Werner y su pequeño grupo de tres conocedores del lugar emprendieron la marcha a la vera de un río afluente del Ucayali, marcha que duró unas ocho horas. Werner iba armado con una imponente Luger, dos cámaras fotográficas, una Leica y una Hasselblad, y una grabadora portátil; hoy llevaría una videocámara. Los otros no portaban más armas que sus machetes. La información recibida por Werner afirmaba que el Dr. Josef Mengele, experto apoyado en su momento por la *Deutsche Forschungsgemeinschaft*, institución científica

del más alto nivel en el Reich de los Mil Años, experimentador especializado en niños gemelos y liliputienses que, sin embargo, no se ocupaba de la eliminación posterior de los mutilados cadáveres de aquellos contribuyentes involuntarios al progreso de la ciencia, vivía con una comunidad de nativos de la etnia shipiba. No se decía en la información si los shipibos conocían la biografía del Dr. Mengele.

Ahora bien: los shipibos no son, desde ningún punto de vista, gente alejada de la civilización. Menos aún se les puede calificar de «salvajes», si es que ese término es válido para grupo alguno. Los shipibos muchas veces visten ropa «occidental», a menudo visitan o aún residen en ciudades como Pucallpa y, en todo caso, suelen comerciar activamente con sus productos, incluyendo una hermosa artesanía. Muchos leen y escriben no sólo en su lengua sino también en castellano. Quiero aclarar esto, porque el Dr. Mengele no se había ocultado en algún lugar inaccesible, solo o rodeado de personas aisladas y por lo tanto incapaces de divulgar la existencia entre ellos de un más o menos misterioso extranjero. Por lo demás, en esta zona y en otras mucho menos accesibles, es frecuente la aparición y aún la permanencia de misioneros de diversas religiones y de otros foráneos.

«¿No es este un caso inexplicable de *juzpe* más bien judía?», recuerdo haberle preguntado a Werner.

Lo recuerdo porque la pregunta le provocó una de sus célebres sonrisas, en un tiempo en que éstas prácticamente habían desaparecido de su rostro.

«Sí y no», respondió. Añadió que era una suerte de *juzpe*, de insolencia, de «concha», para usar un peruanismo más parecido al *juzpe* judío. Pero que también era una forma quizás más efectiva de mimetizarse con el medio, como el perseguido que se esconde en una casa colindante con una estación policial.

Conforme se acercaban al lugar donde supuestamente se encontraba el supuesto Mengele, una extraña calma iba reemplazando la nerviosidad, la ansiedad de Werner. Una sangre fría aprendida sin duda en «trabajos» previos y en entrenamientos varios (son deducciones mías que él no desmintió) comenzaba a dar frutos. La pasión es enemiga de este tipo de misiones: el espionaje y sus derivados son tareas

despersonalizadas que, como se dice del plato llamado venganza, se comen frías.

Llegaron al atardecer a la aldea, que ostentaba el cristiano nombre de San Hilarión. Fueron recibidos con la habitual, sonriente cortesía de los shipibos, quienes probablemente creyeron en un principio que se trataba, si no de algún misionero, de un turista particularmente esforzado al que se le podría vender algo. La primera, prosaica impresión de Werner en San Hilarión fue la especial ferocidad de los zancudos. El repelente que liberalmente se había aplicado resultó ineficaz.

Preguntó por el alcalde de la comunidad. Se entendieron pese a las dificultades lingüísticas debidas al poco castellano de Werner más que al del joven shipibo a quien se dirigió, acostumbrado a entender gringos de variados orígenes. El shipibo llamó a gritos a un tal Pablo. Desde diversas chozas, niños y mujeres, nada tímidos, se acercaron y rodearon a Werner. En sonriente silencio, esperaron. Posiblemente la conversación iba a ser tan interesante como la televisión en blanco y negro que ocasionalmente lograban captar entre la nevada electrónica en la choza del jefe, quien dijo llamarse Pablo Amasifuén.

«Señor Amasifuén», comenzó Werner, extendiendo la diestra que don Pablo cogió con entusiasmo, «mi nombre es Werner Schnabel, de Alemania. En Europa», añadió innecesariamente, como demostró rápidamente el jefe que lo interrumpió sin mala voluntad para revelar que conocía muy bien la existencia de Alemania.

«*Natürlich*», dijo Werner, «perdóname usted».

«Muchos creen», dijo don Pablo, «que somos como en las películas de los gringos».

Ambos rieron cordialmente, y el corro de mujeres y chiquillos rió por igual. Quizás por contagio, razonó Werner, que no creía que todos hubiesen comprendido el intercambio.

Werner explicó, no sin problemas, que era periodista y que estaba interesado en la vida y problemas de los shipibos y de otros habitantes de esa región, tan bella exteriormente y tan pobre y difícil en la realidad. Don Pablo asintió gravemente.

«Eso es verdad», dijo. «Muchos sólo ven que todo es verde. Pero tienen que venir aquí para darse cuenta que la vida es muy dura en la selva. Estamos a sus órdenes, señor Echnabel».

«Muchas gracias», respondió Werner. «Y hay uno otro asunto también importante por mis jefes. Dicen mí que uno otro alemán ser aquí. Uno señor alemán muy, muy viejo. ¿Ustedes conoce el señor alemán?».

Para sorpresa de Werner, que no creía que las cosas funcionarían con tanta facilidad y rapidez, don Pablo respondió sin vacilar que sí, efectivamente, había tal alemán, que era *bastantito* viejo, que vivía en una choza al final del pueblo y que era médico.

«¿Cómo ser nombre?», preguntó Werner, mientras una de las señoras se adelantaba para ofrecer una bebida a Werner y a sus acompañantes. Su pregunta era un riesgo y Werner lo sabía.

«Nosotros le hemos bautizado doctor Fritz», respondió el jefe. «Como en los chistes de Otto y Fritz que me contaron una vez en Pucallpa». Ahora las risas de todos fueron mayores.

Yo, en Lima, sentí un escalofrío interno: el monstruo transformado en personaje de chiste étnico. Werner, en San Hilarión semanas antes, mantuvo la misma expresión de sonriente aplomo, de inderrotable serenidad. Todo dependía de los próximos minutos.

«¿Cómo ser nombre de Fritz antes?», preguntó, siempre sonriente.

«¿Por qué no se lo pregunta a él?», le invitó don Pablo, y a continuación, con un gesto de *sígame* se dio vuelta y comenzó a caminar en dirección contraria al río.

«*Alles klar*», murmuró Werner y comenzó a caminar detrás de don Pablo seguido por toda la población, ahora también la masculina, de San Hilarión. Sentía en su cintura el peso de la Luger oculta bajo su camisa tipo guayabera y pensó que esperaba no tener que usarla. Los pobladores seguían mostrándose amables y un hombre de 60 años no era rival físico para Werner y sus acompañantes. Fue durante esa caminata que Werner comenzó a comprender que un elemento inesperado iba a complicar las cosas.

«El doctor Fritz», iba diciendo el jefe mientras avanzaban sobre la tierra, fangosa tras la más reciente lluvia, «es un hombre muy bueno.

Nos cura, nos cuida, sobre todo a los niños de la comunidad. Es un verdadero ángel».

Angel, pensó Werner en San Hilarión y pensé yo en Lima. No era la primera vez que a Mengele se le llamaba «Ángel».

Werner gruñó una respuesta. Don Pablo continuó caminando y elogiando al angélico doctor Fritz. Dijo que en los años que había pasado en San Hilarión la comunidad había aprendido a quererlo y a admirarlo. «Pocos gringos se han portado tan bien y sin ningún interés. No nos explota, no nos roba, no nos hace trabajar, no nos quiere convertir a ninguna religión. Nunca hemos conocido a un hombre tan caballero». Si Werner detectó una actitud sutilmente defensiva en estas declaraciones, no lo dejó entrever.

«Usted conocen qué hace doctor Fritz antes, en Alemania?», preguntó.

«Era médico de niños», respondió don Pablo, inconciente de su ironía.

O sea pediatra, como en ese arranque de humor negro del director de nuestro diario. Claro, tuvo que pensar Werner, las piezas iban encajando, con o sin humor. Pero, ¿encajaban realmente, o se estaba abriendo una puerta en dirección inesperada? Claro que sí.

La comitiva llegó a una choza, igual a las demás por fuera.

«¡Doctor Fritz!», llamó Pablo.

Se abrió la maltrecha puerta y allí estaba. Werner no dudó un solo segundo: supo que se enfrentaba al Dr. Josef Mengele, médico de las SS, torturador de Auschwitz, ex miembro del *Stablbhel*m, los paramilitares ultraderechistas en la república prenatal de Weimar.

«¿Sí?», preguntó Mengele, parpadeando en la luz. El interior de su choza estaba oscuro. Dormiría.

«*Guten Tag, Dr. Mengele*», saludó suavemente Werner.

El silencio, el famoso, ocasional obsesivo silencio de la selva, comenzó a durar. Y duró, aparentemente, los veintiséis años transcurridos desde 1945. Debieron ser los segundos más largos en la vida de Werner y, quizás, de Mengele.

«*Wer sind Sie?*», preguntó secamente el Ángel de la Muerte. Quién es usted.

«Mein Name ist Werner Schnabel. Ich verhafte Sie im Namen der Menschenrechte». ¿Podía hacer eso Werner Schnabel? ¿Arrestarlo en nombre de los derechos humanos? Supongo que no. Pero opino que sí.

Sea como fuere, la reacción de Mengele fue una sonrisa. Dejó de mirar con sus ojos acuosos, pero también fríos, a Werner y los fijó en los de don Pablo. A él le dijo:

«Este caballero ha venido a arrestarme».

«¿Cómo?», preguntó el jefe.

«Sí, a ponerme en la cárcel».

La actitud de don Pablo y, segundos después, de los demás pobladores cambió inmediatamente. En tono frío y amenazante se dirigió a Werner.

«¿Usted es policía?», preguntó.

«No», respondió Werner. «Pero este hombre es uno criminal. Mata mil niños, torturas, homicidios. Años. ¿Comprende? Tiene pruebas».

«Usted está loco», dijo don Pablo. Volviéndose hacia Mengele, Fritz para él, le dijo:

«No le haga caso. Y usted», dirigiéndose nuevamente a Werner, «se estará yendo de nuestra comunidad».

«¿Ustedes sabe nombre verdad de este hombre?», preguntó Werner.

«Eso a usted no le interesa», respondió Pablo. «Y a nosotros tampoco. Si quiere, que se llame Satanás. Para nosotros es un hombre de bien, un hombre que ha venido a este culo del mundo a ayudarnos y a morir entre nosotros. Váyase, mister».

Aquí Werner interrumpió su relato, quizás por piedad hacia sí mismo. En Lima hubo otro silencio, de otro signo pero de similar peso. Werner debe haber intentado seguir explicando, en su fallido castellano, la verdad histórica, la necesidad de castigar crímenes horrendos, la injusticia de la impunidad, el llanto de millones de sobrevivientes y la incapacidad de llorar de millones de muertos, la miseria del olvido. Don Pablo y sus paisanos, a su vez, deben haberse encerrado en un mutismo cada vez más agresivo y reiterado con creciente fuerza su exigencia de que Werner se fuera por donde había

venido. Como intento final, Werner debe haber preguntado con desesperación e incapaz de claridad en la expresión si nunca en todos estos años alguien había buscado y quizás encontrado a este miserable asesino, a este pobre y angelical Dr. Fritz, pediatra de San Hilarión y comunidades cercanas. El rostro gris, los ojos apagados, Werner Schnabel, en Lima, revivía esos momentos que habían trastocado, posiblemente destruído, su vida. Sentí su cansancio, su *¿para qué seguir?* Ese para qué seguir no sólo se refería a la continuación de su relato. Claro que hubiese podido, apenas llegado a Lima, iniciar un escándalo internacional, denunciar a Mengele a todas las policías del mundo, notificar a diversos gobiernos, movilizar a la prensa. Pero, y a partir de aquí dejo fluir a mi imaginación porque Werner me obligó a respetar su extraño, siniestro silencio, las carcajadas de Mengele y la hostilidad de los beneficiarios de su filantropía mataron algo en Werner y lo reemplazaron por otra cosa.

Ahora bien, ¿qué reemplaza a la sed de justicia? ¿Qué reemplaza a *la verdad?*

Más de un cuarto de siglo he convivido con estas y otras preguntas. He debido enfrentarlas solo, porque días después de nuestra última, incompleta conversación, Werner Schnabel desapareció. El director del diario, que se había hecho muy amigo de Werner, hizo algunas averiguaciones y me contó que Werner aparecía cada cierto tiempo en diversas partes del mundo combinando extraños aunque legales negocios (como, por ejemplo, la venta de piezas y accesorios usados de avión) con aisladas campañas periodísticas en defensa de gentes injustamente detenidas o de denuncia de crímenes impunes. Pero, me pregunto, entonces ¿qué vió en el rostro maldito de Josef Mengele, en el de Pablo Amasifuén, en el reflejo de su propia alma, qué escuchó o supo que lo paralizó y devoró por dentro hasta hacerlo huir de San Hilarión, de Lima, y de su vida anterior? ¿Algo le dijo Mengele que Werner no pudo digerir? Mis propias, obsesivas investigaciones del pasado de Mengele y, aún con más ahinco, del de Werner Schnabel sólo me condujeron a un nombre, a un cargo y a una fecha:

El nombre, Karl Schnabel, nacido en Baviera en 1912, casado con Erna Schnabel, de soltera Hubermann, un hijo, Werner; el cargo,

Obersturmbannführer de la *Waffen-SS* destacado en Auschwitz como asistente médico; la fecha, marzo a diciembre de 1944. Desaparecido desde 1945. Detuve mi investigación en ese punto. Simplemente no quise proseguirla.

DESPILFARRO

A eso de las once de la noche, Tania le pidió a su empleada, Maribel, que echara una última mirada a Manuelito, su hijo de seis meses de edad.

—Está bien dormidito, señora— reportó Maribel. Ambas sonrieron.

Una hora después, Tania dejó a un lado el libro que leía en la sala y subió al cuarto de su hijo. Lo miró intensamente y luego lo levantó con cuidado de la cuna, lo arropó en una de las frazadas y bajó con él. Sabía que no despertaría.

Tampoco Maribel despertaría de su sueño de hierro, ni con el escaso ruido del automóvil saliendo lentamente del garaje.

Antes de partir calle abajo, Tania echó una mirada a Manuelito que dormía apaciblemente sobre el asiento trasero.

A unos tres kilómetros de su casa, al borde elevado del mar, Tania detuvo el auto. Bajó, abrió una puerta trasera y extrajo al arropado bebé. Lo condujo en brazos, sin volver a mirarlo, hasta el borde del barranco y lo arrojó por él. Más tarde pensaría que le había parecido escuchar un chillido a la distancia, pero que no estaba segura.

Mientras volvía al auto que la esperaba con las puertas abiertas, se echó a llorar.

Al acostarse en su cama solitaria, media hora después, aún lloraba. Cuando finalmente se durmió, casi al amanecer, soñó que vagaba por un parque de diversiones.

Luego vendrían los gritos de Maribel, las preguntas de la policía, periodistas mascando chicle, el regreso de su marido y una neblina creciente en el alma.

Tres días después Tania también estaba muerta.

UNO

La primera vez que hice el amor con Tania yo tenía 14 años y ella once. Fue en el garaje de su casa, vecina a la mía, y no recuerdo

exactamente cómo nuestros torpes escarceos, besitos y caricias se convirtieron en coito.

Toda esa zona de mi memoria es difusa. Durante varios años pensé que yo había sido el seductor, el de la iniciativa. Tania, riendo, me confió cuando yo ya tenía 20 y ella 17, que las cosas no habían sido así pero que las chicas aprenden muy temprano a dejarles su orgullo a los machos.

No recuerdo sangre ni otros síntomas del fin de una virginidad. Puede que haya gemido en algún momento y puede que no, pero ¿de dolor o de placer o de ambos?

De veras que no comprendo por qué Tania persistió en una relación cuyo protagonista masculino, tiene que haber pensado, había sido el epítome de ese egoísmo que si bien puede ser prepotencia a menudo no es sino ignorancia. No *podía* estar satisfecha, cosa que entendí a posteriori. Pero yo me veo como un hombre normal aunque conozca los reproches. Despotrican contra la tristeza post coitum: ¿qué culpa tenemos de nuestra biología? Una vez emitido nuestro semen, fin de la fiesta. Ellas necesitan permanencia para desarrollar su hijo.

A veces la llamaba yo, a veces ella a mí. Su voz era la de una niña formalita cuando por teléfono me preguntaba:

—¿Quieres venir a jugar?

Eso o mi pregunta, si *ella* tenía ganas de jugar.

Ahora me recorre un temblor casi indescifrable cuando recuerdo esa voz infantil sugiriendo sexo, respondida por una ya adulta pero vacilante voz masculina. ¿Qué clase de temblor es? ¿Horror? En realidad no. ¿Excitación, culpa, nostalgia? Algo de todo eso pero la parte de culpa no se refiere tanto al sexo, no con ella, sino a lo que podría o no ser responsabilidad mía en lo que pasó después, mucho después, a ese crimen que nadie entendió, que nadie entiende.

Abría cuidadosamente la puerta de su garaje y me hacía entrar. Y allí, muy poco después, el muchacho montaba a la chiquilla, a veces sobre un jergón viejo en la posición misionera, a veces, más urgidos, de pie y desde atrás, apoyada ella en algo. Minutos más tarde todo había terminado *para mí*. Me subía el pantalón, súbitamente necesita-

do de estar en otra parte, en cualquier otra parte, y tras exclamar «Chau, Tania» me dirigía hacia la puerta.

Pero ella me acompañaba y se colgaba de mi brazo. ¡Qué incómodo! Llegó a decir: «Te quiero», más de una vez. Yo ni siquiera respondía, con la cortesía de un macho adulto, que yo también la quería. ¿La quería? Me temo que no.

Esto duró un par de años. Nunca nos atraparon. Cuando ella ya había cumplido los doce años me reveló que ya le había venido su primera regla, la semana anterior, y que por eso no me había llamado. Logré ocultar mi sensación de asco cubriéndola de indiferencia.

—Ah, ya.

—Ya soy una mujer— dijo orgullosamente.

Le di un besito en la frente y murmuré algo así como «¡qué bien!».

—Habrá que tener cuidado— dijo. —Mi mamá me explicó cómo es esa vaina de los hijitos.

Un ligero acceso de pánico de parte mía.

—Ya.

En esos tiempos las cosas no eran tan simples. Ya existían la píldora y todo aquello, pero no era tan fácil conseguir las y menos para menores de edad. Como los condones.

Contra mis gustos y haciendo un enorme esfuerzo, pude, casi siempre, eyacular fuera de ella. No había garantía pero tuvimos suerte. Ni entonces ni ahora hubo esa clase de consecuencias. Ahora sé, por supuesto, que soy estéril, para desazón mía y de mi esposa.

Todo esto era para mí un juego, un ritual de iniciación masculina, en suma, sexo. Las mujeres tienen ritos más complejos. Como dije, sé de dónde les sale o por dónde les entra esa tendencia a envolver el sexo en frazadas de cariño. Saberlo no ayuda. No es que no puedan, al menos tras amontonar experiencias, practicar el sexo sin estar enamoradas, como los hombres, pero siempre comienzan, si el asunto es voluntario, confundiendo las cosas. Tania, a los once años, tenía lo que supongo eran precoces ganas y la pobre tenía, debido a algún mecanismo interno ausente en la mayoría de hombres, que estar o creerse enamorada.

A los 18 viajé a Lima, para iniciar estudios de administración de empresas. Hasta ese momento seguíamos viéndonos ocasionalmen-

te, ya no en su garaje, inseguro y peligroso, sino en el departamento que me prestaba un par de veces a la semana un amigo del colegio.

Yo seguía excitado y ella, enamorada.

Yo había tenido otras aventuras. Estaba seguro de que ella no.

Dos

Era el fin de mi infancia y primera juventud, hasta entonces cómoda en mi refugio de clase media acomodada de provincias. Lamentaba separarme de Tania —más que de familia, amigos y ambiente, que ya me resultaban estrechos—, pero estaba seguro de que en la capital me esperaban nuevas, más excitantes aventuras. También había que comenzar a meditar sobre la ya próxima necesidad de formar una familia. Soy católico como solemos serlo en mi ciudad natal, aunque políticamente un poco menos rebelde de lo que nuestra tradición demanda.

Y, sin embargo, Tania continuaba presente no sólo en mi memoria. No sé qué era más fuerte: la necesidad sexual de ella o su figura como enlace con mi resguardada, quizá sobreprotegida, infancia. Esto último lo sentí con fuerza cada vez mayor cuando me establecí en la casa de mis tíos limeños en La Molina y entré en la rutina doméstica y estudiantil. Las cervezas sabatinas con los nuevos amigos no eran las mismas, los debates sobre el fútbol menos entusiastas.

En cuanto a Tania, en sus cartas semanales y en ocasionales conversaciones telefónicas, me extrañaba. Había ingresado a una universidad local para seguir Letras.

—Me gustaría escribir— me contaba.

—Te vas a morir de hambre— le respondía entre risas. —Agradece que tu familia tiene plata.

—Sí, es la figura clásica del escritor peruano, ¿no? O tiene dinero propio o es un muerto de hambre que se arrastra ante editores y mendiga espacio en los diarios. Cualquier cosa menos una profesión. Ah, es que «profesión» suena poco sublime y aquí todos somos románticos en busca de mecenas.

Inteligente, la Tania.

—Subversiva— le decía medio en broma. En realidad me gustaba que fuera así. Algo en mí respondía a ese inconformismo que yo no compartía.

Me pregunto ahora más bien lo contrario: ¿qué veía ella en mí? Tania era atractiva, con una piel canela que parecía brillar, y un cuerpo delicioso. Yo, en cambio, veía en el espejo a un joven destinado a la barriga y a la calvicie: los primeros síntomas ya estaban allí. Si bien no me creo tonto —los tontos no administran empresas y si lo hacen no las llevan al éxito—, los asuntos vinculados al arte y a la literatura no eran lo mío. Leí algunos libros, escuché ciertos conciertos y miré, incomprensivo, pinturas modernas, sí, pero no conseguía realmente entusiasmarme. Deportes, algo de política, finanzas: esas eran mis secciones del diario.

—Pocas veces se ha dado una pareja tan dispareja— le comenté una vez por teléfono.

Ella se quedó callada y luego respondió, muy suavemente:

—Tú me formaste.

Pasé por alto el tono tierno de Tania y opté por decir:

—No podríamos convivir.

—Dijiste «pareja».

—Bueno, dos son una pareja, ¿no?

—¿Cuándo vienes?

—Para mis vacaciones.

Me vino una súbita excitación sexual.

—¿Tú no puedes venir a Lima?

—Ya conoces a mi familia. Pero igual voy a insistir.

—Búscate un pretexto.

Encontró una coterránea residente en Lima que convenció a su propia familia de invitar a Tania.

En esos tiempos ya era un poco más fácil, aunque no tanto como ahora, encontrar un hotel complaciente con las parejas jóvenes: o muy caro o muy barato. Opté por uno de los caros: ni Tania ni yo merecíamos la mugre y las sonrisitas de los baratos.

Fue un encuentro altamente satisfactorio, creo que para ambos. Y pude evadir, como siempre, reiterados intentos de Tania por conducir la conversación a temas románticos.

Durante la semana que permaneció en Lima, cada tarde nos encontramos en el hotel, donde yo había tomado una habitación robando fondos familiares destinados, vagamente, a «útiles y vestimenta». Tania contribuyó. Poca gente entiende que los hijos de los ricos no son necesariamente ricos. No carecía de encanto el papel de estudiante pobre en plena escapada.

Durante los siguientes años, Tania y yo seguimos viéndonos de esta manera, a veces aquí y a veces allá. Curiosamente no nos hartábamos uno del otro. Digo «curiosamente» porque se suele afirmar que el sexo hastía y, ahora que lo pienso, el amor también. Quizá haya sido el carácter espaciado de nuestros encuentros, como en esa obra teatral de Simon (¿Neil Simon?), uno de los pocos dramaturgos que me gustan.

Pero por mi parte no se trataba de amor, de eso estoy seguro.

—Yo te amo— dijo en cambio, y más de una vez, Tania. Yo refrenaba cierta ira producida por tales confesiones. No me sentía halagado en absoluto, me parece, sólo incómodo.

—Yo también te quiero.

—No me basta.

—¿Qué quieres que haga? Tampoco quiero perderte.

Tania emitió un suspiro.

—¿Qué te cuesta llamar a eso «amor»?

—Soy honesto.

—Cruel. ¿No quieres casarte?

—No puedo pensar en esas cosas ahora.

—Claro. Tus estudios.

Había amargura en su voz.

—Lo siento.

—No, no creo que lo sientas. Estás muy cómodo así, con tu discreta amante ocasional que luego descartarás. Cuando te enamores.

—No tengo esa intención hasta que esté bien establecido.

—Nunca se está bien establecido.

También dijo:

—Algún día voy a escribir algo sobre esto. Cuando me atreva.

TRES

Era inevitable. Un poco después de graduarme y encontrar una buena colocación en una empresa exportadora de productos agrícolas, Tania me escribió para decirme que había conocido a un hombre simpático, quince años mayor, que alternaba su bufete de exitoso abogado con un gran interés por la cultura. Le había propuesto matrimonio y ella pensaba aceptar.

La noticia me golpeó más de lo que esperaba. Sabía que tarde o temprano nuestra relación iba a terminar y probablemente de esta forma.

Le escribí —tras destruir varios borradores— una carta de felicitación que, me temo, traslucía mi amargura. ¿Basada en qué, como me preguntaría ella? ¿No tuve mi oportunidad y la desprecié? Le pedí un encuentro final y viajé.

En un café de la Plaza de Armas, revolviendo mi cortado —he desarrollado una desagradable gastritis— tomé su mano, audazmente, que ella, pese al peligro de ser vista en esa ciudad tan chismosa, no retiró.

—No quiero que te cases— farfullé estúpidamente.

Ella sonrió.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

—Vamos a un hotel— pedí.

Fue mejor que nunca y no cambió las cosas. Pensé que iba a ser una esposa, con la misma indiferente facilidad con la que había sido una hija.

—Ahora tendré una amante casada— dije, sonriendo.

Ella lloraba.

—No.

—¿No qué?

—No voy a ser tu amante casada.

Pero lo fue, y durante varios años, hasta que quedó embarazada.

Creo que no hay peor shock que descubrir que uno ha sido un ingenuo durante toda su vida. Allí estaba yo, pensando con cierta conmiseración que mientras yo me divertía con diversas mujeres e

inclusive comenzaba un noviazgo con una chica de muy buena familia (mejor aún que la mía o la de Tania), ella, la chica un tanto excéntrica casada con un abogado ahora candidato al parlamento, me era, de alguna manera, fiel. Que tampoco con su marido tendría hijos, algo tan definitivo.

Ahora no sé qué pensar, tras lo que sucedió y después de saber por qué sucedió.

Tania y su marido se habían mudado a Lima, donde él afilaba sus garras para llegar al congreso en alas de un partido de los que ahora se definen como de centroizquierda. En una tarde, en un lujoso y despoblado hotel de Miraflores, me contó que estaba embarazada y que esa era nuestra última cita.

—Tú también estás por casarte.

—¿Y qué fue de tus proyectos, literatura y eso?

—Hay otro sueño— respondió. —El sueño de la normalidad.

—No te creo.

—Ese era un sueño que quería compartir contigo.

¿Esa especie de suicidio —lo comprendí así— era un pretexto para una falta de talento o consecuencia de una obsesión por mí nacida en su infancia emocionalmente inmadura? No creo, reflexioné sonriendo internamente, que sea sólo por mi encanto personal. ¿O sí? Ni las mujeres abandonan sus proyectos existenciales por un amor fracasado; lo pueden hacer por un amor exitoso. O por una razonable imitación.

—Seré al fin una mujer normal: marido, hijo, fidelidad. Estoy harta de ser de segunda mano.

—Has publicado algunos poemas, ¿no?

—Mediocridades. Sencillamente no sirvo. Y he tenido amantes. También eso se acabó.

—¿Amantes?— pregunté, alarmado y disgustado.

—Como tú. Estoy harta.

CUATRO

No sé si los poemas de Tania eran o no mediocres. No es mi tema. Este es uno de ellos:

*La segunda tarde de cada octubre
es siempre tensa, sedienta,
confabulada con el setiembre ido,
aterrada por el noviembre incierto.
Es el ballet del despilfarro,
la inoculada fe del carbonero
hecha trizas,
las tazas muertas de siempre.
Mi madre no tenía un para qué,
ni siquiera en el desayuno.
¿Y qué de mi padre,
el de los silencios plateados?
Entonces me fijé una flecha
para mañana,
una visión,
un himno redundante:
la canción del despilfarro
más ardiente,
de la más cariñosa inutilidad.*

Que otros juzguen.

Me hizo llegar una simpática postal por el nacimiento de Manuelito. Le envié otra, con mis felicitaciones. Pero medio año más tarde me enteré por una larga carta, sobria pero sin duda angustiada, que tenía Sida y que su hijo lo había heredado. Unos extraños síntomas la habían llevado al médico y al test. Al día siguiente de leer, naturalmente muy preocupado, tales noticias, no pude evitar preguntarme quién era el padre de su hijo y/o el que la había contagiado. ¿O era el marido? En el fondo, no era muy importante.

¡Amantes! ¿Por despecho, por no haberme convertido yo en su esposo? ¿Marido sexualmente incapaz? Probablemente. Una mujer satisfecha no tiene amantes, eso es bien sabido. Y luego el horror de la muerte de Manuelito y el posterior suicidio de Tania. No pude contarle, naturalmente, a mi esposa la razón de mi tristeza. Entiendo que el marido de Tania estaba desesperado.

Con la despedida explicativa de Tania me habían llegado estas líneas, que terminan con una nota de humor:

¿A que no haces publicar este, mi primer y último cuento?

TICKET A LA POLINESIA

Fue la más áspera de las peleas. Nunca, en el par de años de nuestra convivencia, nos habíamos gritado tan violentamente como en esa tarde estúpidamente gris, húmeda y fría.

¿Sobre qué peleamos? Me gustaría poder decir que ni lo recuerdo pero lo recuerdo demasiado bien.

Celos.

—Sé que la llamaste.

—¿Y? Tú lo viste a él la semana pasada.

—No es lo mismo.

—Nunca lo es.

—Eres una mierda.

Me levanté, cogí mi saco y me dirigí a la puerta tragándome la respuesta («de igual manera»). Dejé el eco de mi portazo número diez o veinte.

Hice lo que siempre hacía en estos casos. Caminé hacia el «Haití» y me senté a tomar mi expreso. Eran diez cuadras y tuve el tiempo necesario para irme calmando. Después de todo, la amaba.

—Y yo a ti.

Y tales declaraciones solían, cómo no, llevar a la cama.

El sexo acabó siendo nuestro único puente.

¿Se puede así?

No lo sé.

Al final de cuentas, pensar no sirve de mucho. Cuanto más piensas, más te confundes.

La cosa no había comenzado así. Claro que no.

—No sólo te amo. Te respeto y te admiro.

Cualquiera de los dos hubiera podido decir eso. Los dos lo habíamos dicho, más de una vez. Yo no mentía y creo que ella tampoco.

—Tengo cuarentiún años y nunca me había pasado algo así— le dije durante una pelea.

—Bueno, en edad me ganas pero en nada más. Para mí esto también es nuevo.

Una lágrima.

Y en otra ocasión, tras la reconciliación:

—¿Qué clase de amor es este?

Nos miramos a los ojos y acabamos por estallar en carcajadas.

—No lo entiendo— dijimos simultáneamente y volvimos a reírnos.

Dos horas después estábamos peleando otra vez.

Ella se acaramelaba más.

—Yo soy más cariñosa. Pero no me molesta. En el fondo detesto a los hombres que te pasan el brazo sobre el hombro.

Los amigos, no muchos, decían envidiarnos. Hablaban de nuestra «estabilidad».

Nos gustaba que creyeran eso.

—Total, hay muchas maneras de ser estable.

Humor negro, algo más retorcido de lo habitual.

Eso era en los buenos momentos, que no eran tan pocos, no crean. Y el sexo era sensacional.

Cuando nos conocimos, cada cual tenía su pareja.

La de ella, un tipo muy agradable, era un doctor en filosofía —suácate—; la mía, como en el tango, sólo una buena mujer. Lo cual, según algunos, ya es excepcional, cosa que puedo anotar ahora: antes hubiera significado entrar en otra pelea con esta feminista a veces intolerante.

Hablando de humor negro: noté, en una de mis conferencias («La literatura comprometida en el Perú»), que una joven bastante atractiva se reía desmesuradamente con mis bromas. Ejemplo: «no sería tan grave que la literatura se comprometiera si no acabara casándose».

Su risa contrastaba con la tendencia dominante en la sala —esto ocurría antes de los secos años noventa—, que dudaba entre la solemnidad y la indignación. La primera correspondía al ala derecha, la segunda a la izquierda. Sólo la chica y un amigo trotskista se reían.

Al terminar la charla y tras las generalmente idiotas preguntas habituales, vino mi amigo el trosko para ir al café también habitual.

Pero la mirada se me iba a la chica, que estaba de pie con cara de tímida que no se atreve a acercarse. Le sonreí y le hice un gesto de «vente».

Ella también sonrió y vino.

Nos holeamos todos y nos fuimos al café.

El trosko y yo nos turnamos coqueteándole. Ella, no sin dignidad, aceptó los piropos sin tomarlos demasiado en serio.

—Todas las mujeres sabemos que los hombres siempre están de pesca. Hay que ser muy tonta o muy desesperada para tomarlos en serio.

Los dos machos aceptamos con placer tanta sabiduría de género. Y así, más o menos, comenzó todo.

Optó por mí aunque bien hubiera podido escoger al trosko. O a los dos, cosa que él probablemente hubiera aceptado pero yo —más bien «amigo de la Unión Soviética», o sea, como defino las cosas ahora en el 2001, como católico marxistizado o marxista catolicizado— no.

De todas maneras es demasiado tarde para el «si así hubiese sido».

Entonces comenzó la relación que podría describirse como de dos y medio. Se acostaba conmigo y era muy amiga del trosko.

Con él no se acostaba, es cierto (¿por qué estoy tan seguro?), pero tampoco se peleaban (segunda vez: ¿por qué estoy tan seguro?). La verdad-verdad es que nunca se sabe nada.

Hasta que se acostaron.

Y comenzaron a tener peleas.

Es decir, el trosko y el mosco no se distanciaron por la cuestión del estado obrero deformado sino —vergüenza— por unas faldas. Tanto Stalin como Trotsky hubieran deplorado el anticlímax.

Pero en realidad el trosko y el mosco nunca tuvieron peleas tan salvajes. Simplemente las conversaciones como que se volvieron un tanto acartonadas y las bromas resacas.

Fue ella, la pobre, la que empezó a sentirse, decía, «tironeada».

Nos quería a los dos, reiteraba.

Y yo exigía exclusividad.

El trosko, más tolerante, lo admito, decía que no pero la jodía con chistecitos.

En el fondo era lo mismo, pero yo ahora lo admiro. Ojalá yo hubiera sido capaz de extender mi gracia política —conversar con un

trotskista-agente-del-imperialismo-sionista-revisionista ya era una gracia que no hacía reír a mi comité central— a lo personal.

A veces simplemente ella estallaba y gritaba:

—¡A la mierda los dos! ¡Lo que debería hacer es largarme a la Polinesia!

No es la típica situación contemplada por la sociedad monogámica ni parte de la moral, proletaria o no.

Pero se admita o no —generalmente no—, amar a más de una persona a la vez es más frecuente de lo que los manuales de buen comportamiento mencionan.

Y eso es lo que le ocurría a ella.

¿La solución?

Hay varias y ninguna se aproxima a ser perfecta.

La de ella resultó ser la más imperfecta de todas, diría yo ahora, con el lenguaje dolido pero frívolo de la distancia en el tiempo. Con el cinismo del dolor irresuelto.

Al paso de los años y décadas, el trosko y yo volvimos, si no a intimar, a compartir cafés y quejas contra el supercapitalismo globalizado.

Sólo a veces levanta su cabecita en nuestros diálogos el fantasma inmortal de esa extraordinaria mujer que nos amó y a la que ambos amamos.

Sé que en esos momentos ambos recordamos cómo huyó, no a la Polinesia sino, más prosaicamente, a Cajamarca y a esos dioses — en los que no creíamos y sin embargo maldecimos hasta hoy— que decretaron que su avión nunca llegara a destino.

Pero las peores maldiciones las reservamos para nosotros mismos, dos viejos imbéciles solitarios.

LA VIOLACIÓN QUE NO CESA

No suelo manejar rápido y por eso pude observarla por unos segundos mientras me aproximaba a ella. Era alta, blanca pero bronceada, pelirroja, y estaría por los 45 años de edad. Vestía —es un decir— jeans, un polo sucio y rasgado, con la inscripción: *Love me true* y una especie de sandalias, no muy cómodas para el desierto. Del hombro derecho le colgaba un fusil de guerra. Una extraña aparición, en Namibia o en cualquier lugar.

Todas las mañanas, de lunes a viernes, mi trabajo en una organización no gubernamental me llevaba de la ciudad a una aldea a cuyos pobladores ayudábamos a instalar agua y alcantarillado. En el crepúsculo volvía a Windhoek.

La mujer caminaba hacia mí; es decir, se dirigía a la ciudad. Miraba al frente con ojos que probablemente eran pardos y su maquillaje, bajo cierto tizne, parecía limitarse a un lápiz labial rosado. Su figura solitaria destacaba, obviamente, en esa carretera no muy transitada. A los lados, un desierto entre pardo, rojizo y amarillento salpicado de arbustos resecos. Los ocasionales camiones, buses y carretas no se detenían por la caminante.

Pensé que esa mujer estaba arriesgando varias cosas. También que debía detenerme y ofrecerle un aventón, pero iba en dirección contraria. Suspiré y no me detuve. Ella no me miró.

El resto del día, mientras lidiaba con la sonriente burocracia local, una y otra vez recordé la imagen de esa extraña mujer. Esperaba que hubiera llegado sana y salva a su destino.

Al día siguiente, a la misma temprana hora y en el mismo lugar apareció nuevamente, siempre caminando con pasos seguros y firmes. Me quedé paralizado por unos instantes pero luego pensé: *algún tipo de granjera. Y hace bien en estar armada*. Pasé a su lado más lentamente, con la intención de saludarla y agitar una mano. Parecía algo rejuvenecida. No me miró.

Cuando esto se repitió al tercer día, tras una ligera duda resolví detenerme y lanzarle alguna advertencia sobre la delincuencia: un pretexto, claro, para entablar una conversación que podría conducir a una aventura. Namibia puede ser un lugar muy solitario. Como pretexto no era demasiado inteligente: si realmente era una granjera —o la mujer de un granjero— sabría más sobre ese y otros temas locales que yo, un latinoamericano que apenas llevaba un par de semanas en el país.

Me detuve a su lado. Por alguna razón tuve que modificar mi cálculo: no debía tener mucho más de treinta años. Le grité alegremente «Hi», a ver qué pasaba. Posiblemente hablaría afrikaans, y añadí un «hallo» más bien alemán.

No sólo no respondió sino que ni siquiera desvió la mirada al frente o modificó su paso. Pero ahora pude ver sus ojeras y las arrugas en la comisura de la boca, el tostado —más que bronceado— de su piel y una que otra cana. Tampoco hizo gesto alguno para empuñar el rifle.

Su desinterés era tan extraño como ella. Como bien sabemos los científicos sociales —soy un ingeniero muy ligado a ellos— en zonas rurales la gente suele ser muy cortés, hasta formal. Cargar un arma no contradice tal actitud. El campesino es desconfiado pero no necesariamente agresivo. Esta mujer no parecía sino indiferente, lo que puede ser otro disfraz campesino; pero no el lápiz de labios ni el porte orgulloso o petrificado.

Petrificado, sí, o quizás la palabra sería robotizado. Un andar automático pero no torpe, pesado o masculino. Un ligero balanceo de las caderas, demasiado leve para ser erótico, no indicaba sino un hábito femenino inconsciente.

—¿Puedo ayudarla en algo?— pregunté en inglés.

Me pareció que pestañeaba, pero no hubo ninguna otra reacción. No interrumpió su marcha hacia la ciudad. Como si hubiera escuchado un trueno lejano.

Arranqué y la dejé atrás. Nunca olvidaré mi visión en el retrovisor: una mujer alta, casi en harapos, fusil al hombro, cuyo cabello largo y rojo dorado encajaba perfectamente entre los colores del desierto y

destacaba como un fuego entre rescoldos opacos. Se iba empequeñeciendo mientras el paisaje crecía a los lados de la carretera negra.

Durante todo el día me descubrí distraído y preocupado. Precisamente el descuido o la pobreza de su vestuario la hacía más hermosa. Pocas mujeres entenderán eso. Muchos hombres sí. Los contrastes me atraen más que las invitaciones.

Pero, ¿qué imagen era esta? ¿Y qué me decía ese contraste entre belleza y desaliento?

Un día más: partí ansioso, calculando la hora y las distancias. Y todo había cambiado.

Era ella, sí, en el mismo tramo de la carretera, a la misma hora. Pero ya de lejos se notaba la diferencia: el trote era más ágil, las caderas se balanceaban con más decisión y una pizca de coquetería. Al detenerme junto a ella, de su rostro indiferente había desaparecido toda arruga y se había establecido, más bien, una muy discreta sonrisa. Esa sonrisa no era para mí.

Siempre me han acusado de pedante, entre otras cosas. La crítica más humorística ha sido:

—Piensas mucho para ser ingeniero.

Y ahora vaya si estaba pensando. Es, por supuesto, un prejuicio creer que un ingeniero —o un policía, o un abogado— no puede gustar de la poesía o de la pintura. O, como en mi caso, de la ciencia-ficción. O que, por el contrario, un músico no puede ser un aficionado a la mecánica.

Tomé una decisión.

Di una vuelta en U, coloqué el jeep a su altura y la invité:

—Suba. La llevo. Es más seguro.

No se produciría una catástrofe en los trabajos de la aldea si yo no estaba por un día o llegaba tarde. Los aldeanos no eran unos incapaces.

Por primera vez hubo una reacción.

—Mañana— dijo. —O quizás el día después.

Tras una pausa, como si de pronto recordara los buenos modales, añadió:

—Gracias.

Todo esto sin mirarme y con la sonrisa congelada en el rostro. El tono de su lápiz de labios se había intensificado. No podía tener más de veinticinco años.

—Okay— dije y di la vuelta nuevamente.

Casi no pude trabajar ese día. Ni dormir a la noche siguiente.

De alguna manera yo ya sabía lo que iba a encontrar esta mañana en la carretera: una chica de unos quince años, alta, pelirroja ardiente, ya tiznada por el sol y sin maquillaje, con un para ella sin duda pesado pero no tan incongruente rifle de guerra. Al cruzarme con ella a velocidad reptante, detecté un reflejo en los ojos que al principio tomé por alegre coquetería pero que luego identifiqué con lágrimas acumuladas. Me miró por un segundo y volvió a mirar al frente.

Sí, pienso —y leo— mucho para ser ingeniero, como dicen mis tolerantes amigos. Parece que tengo una inusual capacidad para no asombrarme demasiado.

—¿Te llevo?— le pregunté, desde el jeep ya detenido. —¿Vas a Windhoek?

Le tomó el tiempo de aspirar aire y respondió:

—Tengo que ir al hospital central.

—Te llevo— repetí.

Volvió a dudar brevemente y se encaramó a mi costado. Dejó el rifle sobre sus rodillas, con el cañón hacia fuera. Cuando arranqué, me miró fijamente. Era la primera vez que parecía realmente interesada en mí.

Naturalmente mis ganas de una aventura sexual habían cedido gran parte de su lugar a un interés de otro tipo, pero no habían desaparecido del todo: una atractiva chica de 15 años crea un conflicto entre lo legal y lo instintivo. Pero sé controlarme en estas cosas y en otras. No puedo decir lo mismo de mi cerebro.

—¿Vas a visitar a alguien?— le pregunté.

—A mi madre.

—¿Accidente?

Mantuvo un silencio opaco. Y se decidió:

—Asaltaron la granja, mataron a mi padre y la violaron.

—Qué terrible. Yo...

—Por eso llevo este rifle.

—Haces muy bien, pero de todas maneras no deberías andar sola.

Emitió una pícara carcajada.

—Nadie me ve.

—Yo te veo.

—Eso es lo extraño.

Añadió.

—Por eso te hablo.

Me miró nuevamente.

—Tengo que llegar pronto al hospital. Un día más y sería demasiado pequeña para llegar a tiempo.

—¿A tiempo?

—Para el parto.

Delante de mí, la carretera vibraba por el típico espejismo del charco de agua.

Callé. Decidí dejarla hablar. Sabía que esta mujer reconvertida en chica tenía problemas, pero yo también: ¿quién deliraba, quién rejuvenecía diariamente? *¿En qué consistía el problema?*

—Era una en un millón, supongo, pero quedó embarazada mientras papá se desangraba.

—¿Papá? — pregunté astutamente.

Me miró. Añadí:

—¿Cuál eres tú?

Sonrió.

—No lo sé.

Pensé: un ingeniero de ONG, con fanáticas lecturas de ciencia-ficción y mediocres intentos de escribirla, no puede ser cogido de sorpresa. Pero con este *bon mot* no dejaba de estar aterrado.

—¿Y ahora vas a la maternidad o a la morgue?

La dejó en la puerta principal del hospital.

* * * *

Todo esto ocurrió hace dos meses y entretanto los aldeanos me ratificaron esencialmente la historia. Es siniestra y sencilla: una granja

asaltada y saqueada, un granjero asesinado, su mujer, de unos 45 años, violada. No tenían hijos. Efectivamente, la mujer había quedado embarazada. Murió al dar a luz una niña muerta en el hospital central de Windhoek.

Nunca relaté, antes de ahora, lo que me ocurrió en la carretera.

Los aldeanos, siempre supersticiosos, como decía mi jefe.

—Cuentan al respecto una historia de fantasmas.

Claro, pensé, ¿pero el fantasma de quién?

LA BESTIA

Para Mónica Belevan, con afecto

Al principio éramos una multitud. No menos de tres mil indignados ciudadanos, hombres y mujeres de todas las edades, pero sobre todo jóvenes, que siempre muestran mayor entusiasmo para estas cosas. Pero al paso de los días y noches de persecución nuestras filas comenzaron a ralear: aburrimiento, cansancio, inercia, «la vida continúa», la sensación de repetición o de habituamiento.

La habían definido, en la prensa sensacionalista, como «la bestia». La policía, acosada por lo que llaman la opinión pública, había desplegado algunas fuerzas («efectivos») y una buena dosis de relaciones públicas. Pero no confiábamos en la policía.

Estábamos hartos. Y si sólo fuimos unos tres mil, en realidad representábamos lo más sano de la sociedad. Ya se sabe que son muchos los que se indignan pero pocos los valientes que actúan. Una vieja historia.

Sí, una vieja historia aunque los actos fueran técnicamente modernos. Esta persona, esta mujer inmerecidamente considerada humana, había traspasado todos los límites, como sus antecesoras.

No pensábamos en darle una lección. No le permitiríamos sobrevivir porque no la aprovecharía: esas bestias nunca cambian. Tampoco se trataba de un ejemplo o de una advertencia a otras como ella. Ni siquiera ejerceríamos lo más elemental, la venganza. ¿Por qué buscar una justificación para la eliminación de la basura?

Recorrimos la ciudad sin encontrarla, a veces casa por casa. Cuando extendimos la búsqueda a los suburbios, a los huertos y jardines de extramuros, algunos comenzaron a desertar. «No está más en el país», decían unos. «Hay quienes le ayudan y la esconden», era otra excusa. «Está muerta», afirmaban otros con una mirada huidiza que lo decía todo. ¡La cobardía y la pereza son tan banales!

Unos cuantos, sin embargo, persistimos: los que no soportamos el hedor, los que vivimos acordes con nuestros principios, los que rechazamos la frivolidad del perdón.

La bestia nos había ofendido a todos, inclusive a aquellos que no lo percibieron claramente. Personas así han de desaparecer y cuanto más rápida y dolorosamente lo hagan, mejor. En el fondo, pienso, estamos hablando de un ritual, de una ceremonia religiosa. Un exorcismo civil. Somos las víctimas las que merecemos compasión y solidaridad.

Al final, quedamos tres y fuimos esos tres —dos hombres y una mujer— quienes la encontramos, al fondo de un taller mecánico, acurrucada tras unos barriles de aceite o petróleo, ya ni me acuerdo porque en la profunda emoción que sentimos al hallarla se me pierden los detalles.

Recuerdo, eso sí, que gemía y farfullaba algo acerca de perdonar y comprender. Estaba sucia y desgredada y en su rostro destacaban unas profundas ojeras y algo de sangre en la comisura de los labios. Era tan repugnante como sus crímenes.

Disponer de esa basura afortunadamente no demoró más que unos minutos, aunque no puedo asegurarlo porque, como ya dije, en circunstancias tan emotivas como esa el tiempo y los detalles se convierten en una especie de gelatina que tiembla, chorrea y se difumina.

Golpeamos y golpeamos con los palos que llevábamos. Recuerdo crujidos y gritos, de ella y nuestros. Esa parte de la operación de limpieza siempre es desagradable, como lo es el noble trabajo de quienes, en las ciudades, están encargados de desaparecer los desperdicios.

Pero después descendió sobre los tres una enorme sensación de paz y de satisfacción, como sucede cuando se ha cumplido con un deber que es también una misión moral.

Borramos cuidadosamente nuestras huellas, a pesar de que sabíamos que, aunque todos supieran la verdad, la aprobarían. Hay una tradición universal de complicidad silenciosa ante el heroísmo anónimo. No necesitamos leyes que nos digan qué es justo.

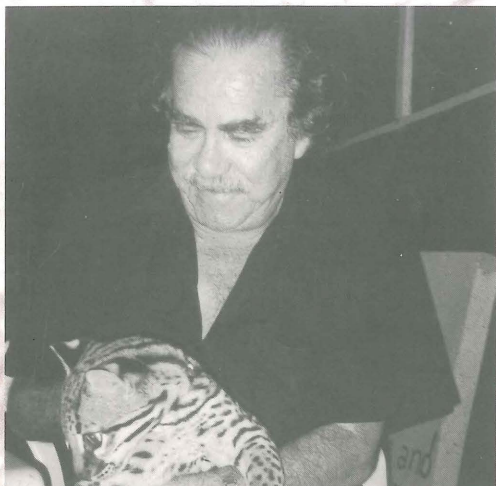
Si bien en primera instancia habíamos meditado sobre la posibilidad de dejar expuesto el cadáver como educación social, finalmente

arrojamos los restos de la bestia a una montaña de basura en el apartado barranco conocido como Guehenna.

En la fonda en la que nos congratulamos ante nuestras jarras de cerveza, tras lavarnos exhaustivamente las manos y los antebrazos, reinaban la música y el jolgorio, como si el universo entero celebrara con nosotros la desaparición de otra bestia.

ÍNDICE

MI CLON	11
LA VENGANZA DE LA RAZÓN	21
JAMÁS SERÁ VENCIDA	25
IN MEMORIAM	29
EL ANTI-BESTSELLER	33
EGOÍSMO	35
CERRANDO LA TIENDA	39
CARTA A UN ELEGIDO DEL SEÑOR	43
ARMAGEDÓN EN LA INTERNET	47
EL SEGUNDO CEREBRO DE MARGARITA	57
AMBOS ESPERABAN	63
DEPRESIÓN	67
IMPUNIDAD	73
DESPILFARRO	85
TICKET A LA POLINESIA	95
LA VIOLACIÓN QUE NO CESA	99
LA BESTIA	105



JOSÉ B. ADOLPH

Los fines del mundo

Ante la lectura de cada uno de los cuentos de *Los fines del mundo* de José Adolph, es inevitable no sentirse cautivado y cuestionarse el orden de nuestro mundo. Estos cuentos van más allá de una anécdota aparentemente coyuntural, y por sí misma atractiva, ya que a través de una prosa fina, cargada de sabiduría y no exenta de un filón irónico, logra inmiscuirnos en situaciones extremas, compartir espacios con personajes entrañables que se mueven entre la ternura y la transgresión. José Adolph, con una obra sólida que lo precede, ha conseguido con este libro confirmar que es uno de los escritores peruanos más sugestivos de los últimos años.



ISBN 9972-42-572-X



9 799972 425720 >